

---

# ATLAS HISTÓRICO DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

## APORTES PARA LA DESCOLONIZACIÓN PEDAGÓGICA Y CULTURAL

DE LOS ORÍGENES A LA FORMACIÓN  
DE LOS ESTADOS OLIGÁRQUICOS

TOMO 1

---

Jaramillo, Ana

Atlas Histórico de América Latina y el Caribe: aportes para la descolonización pedagógica y cultural: tomo 1 / Ana Jaramillo, directora; coordinación general de Mara Espasande. - 1.a ed. - Remedios de Escalada: De la UNLa - Universidad Nacional de Lanús, 2016.

v. 1, 762 p.; 21 x 29,7 cm.

ISBN 978-987-1987-80-1

1. Historia. 2. Atlas Histórico. I. Jaramillo, Ana, dir. II. Título.

CDD 980

Corrección: Pablo Núñez Cortés

ISBN: 978-987-1987-79-5 (Obra completa)

ISBN: 978-987-1987-80-1 (Volumen I)

Impreso en Argentina

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Prohibida la reproducción sin la expresa autorización por escrito.

© El autor

© **Ediciones UNLa**

29 de Septiembre 3901

1826 Remedios de Escalada, Lanús,

Provincia de Buenos Aires, Argentina

TEL (5411) 5533-5600 int. 5727

publicaciones@unla.edu.ar

www.unla.edu.ar

---

**UNIVERSIDAD NACIONAL  
DE LANÚS (UNLA)**

**CENTRO DE ESTUDIOS  
DE INTEGRACIÓN  
LATINOAMERICANA  
"MANUEL UGARTE"**

Directora  
**Ana Jaramillo**

Coordinadora  
**Mara Espasande**

Autores  
**Ávila, Florencia**  
**Blotta Cavalli, Lucía**  
**Busti, Soledad**  
**Cafiero, Francisco**  
**Capaldi, Ana Paula**  
**Cersósimo, Facundo**  
**Castaño, Jazmín**  
**D'Ambra, Daniela**  
**Díaz, Luis**  
**Dufour, Ernesto**  
**Etulain, Tania**  
**Fernández Escobar, Ileana**  
**Fontana, Sergio**  
**Gerbasi, Javier**  
**González Magnasco, Malena**  
**Guzzi, Fernando**  
**Hayden, Santiago**  
**Ivanis, Ezequiel**  
**Ledesma, Damián**  
**Lemme, Cecilia**  
**Natalizio, Juan Francisco**  
**Rodríguez, Valeria**  
**Sanguinetti, Diego**  
**Serrano, Dalina**  
**Sozzani, María Eugenia**  
**Suárez, Valeria**

Colaboradores  
**Bonforti, Emanuel**  
**Buen Abad, Fernando**  
**Cardoso, Julio**  
**Damín, Nicolás**  
**Gandulfo, Dolores**  
**Gómez, Juliana**  
**Pestanha, Francisco**

Auxiliares de investigación  
**Puccinelli, Federico**  
**Hellín, Dolores**

Diseño de mapas  
e infografías  
**Melo, Cristina**  
**Canella, Miguel**

Diseño gráfico  
de tapa y contratapa  
**Fischer, Ariel**

Diseño gráfico interior  
**Duh, Verónica**  
**Rodríguez, Romina**

---



**H**acia el 300 d. C., la hegemonía cultural y expansiva de las ciudades olmecas y Chavín de Huantar evidenció una lenta declinación y las sociedades urbanas en Mesoamérica y los Andes Centrales transitaron procesos de desintegración y con una consecuente reagregación bajo nuevos paradigmas sociales. Aunque se conservó la forma de vida comunal aldeana, se afianzó notoriamente la conformación de grandes centros urbanos, con marcada regionalización en todos los aspectos de la vida social. Durante el primer milenio de nuestra era, esos desarrollos urbanos complejos culminaron en la formación de importantes núcleos sociales de alcance regional.

En Mesoamérica, se distinguen áreas con sus propias improntas: el Valle Central de México, Oaxaca, región del Petén y Veracruz. En ellas, se establecieron grandes capitales macrorregionales (Teotihuacán, Monte Albán, El Tajín, Palenque, Tikal, entre otros), nuevas formas de vida urbana que se desarrollaban en centros cívicos-ceremoniales.

En los Andes Centrales, también se distinguen áreas bien definidas. Pero hay que tener en claro, que las periodizaciones planteadas (hecha la salvedad anterior) son solo una propuesta metodológica, ninguna sociedad se rige por ese estanco. En la costa norte del Perú, la Sociedad Moche, y, en la costa Sur de la actual Lima, las Sociedades Paracas y Nazca. Todas ellas fueron contemporáneas a Chavín y, posteriormente, contemporáneas a Wari. Las formas de organización distaron de ser grandes centros nucleadores, sino más bien, de centros contiguos o distantes, manejados por gobernantes particulares, que lo que concentraban era el manejo del agua en una de las zonas más desérticas de Sudamérica.

Recién varios siglos después, en el Altiplano, surgieron dos sociedades paradigmáticas: Wari y Tiwanaku. Aunque vecinas, ambas gravitaron de distintos modos en grandes áreas. Una suerte de «conciliación», si se quiere, entre ambas. Wari expandió su poderío en el área de las sierras centrales peruanas y en la costa del Pacífico, mientras que Tiwanaku tuvo distintas esferas de expansión (efectivas o no) en todo el área circumpuneña (Valles Mesotermiales, Tierras Bajas y Yungas, Altiplano, Norte de Chile y —con algunas controversias— en el Noroeste Argentino).

## **LAS INTEGRACIONES REGIONALES DE LOS GRANDES CENTROS URBANOS EN MESOAMÉRICA**

En el Valle Central de México, hacia el 200 a. C., el centro urbano con mayor importancia, Cuiculco, quedó destruido por la erupción del volcán Xitle. Así, el hasta entonces pequeño poblado de Teotihuacán cobró importancia. Con el correr de los años, Teotihuacán devino en uno de los centros urbanos más importantes de la Mesoamérica antigua, en lo cosmológico, ideológico, económico y sociopolítico.

En efecto, el nombre nos habla de «el lugar de aquellos que tienen el camino para llegar a los dioses». La ciudad estaba en una «armonía perfecta» con el paisaje, como si hubiese sido creada por las divinidades mismas. Se cree que los teotihuacanos utilizaron así el mundo natural como una metáfora cívica para la creación de la primera metrópoli.

Entre los factores que pueden explicar su notable desarrollo, se puede señalar: el alto potencial del valle para la agricultura de regadío, el fácil acceso a materias primas principales, ríos navegables y la ubicación sobre una de las rutas comerciales que comunicaban Oaxaca, el Valle de México y la costa del Golfo. Por lo tanto,

## **PERÍODO CLÁSICO. LAS INTEGRACIONES REGIONALES Y LOS GRANDES CENTROS URBANOS (300 A 900 AÑOS D. C.)**



la lógica política integracionista (con fuerte hincapié en la religiosidad), hizo de esta ciudad un centro cosmopolita que hospedó una cantidad considerable de viajeros y comerciantes de las regiones más alejadas (en efecto, se construyeron varios barrios de «extranjeros», como el Zapoteca).

Con el pasar de los años, Teotihuacán llegó a albergar más de 125 000 personas en una extensión de 250 ha, con una eficiente provisión de agua y sistemas de desagües. Su arquitectura es, a su tiempo, masa y espacio: masa en los grandes templos, espacio en las plazas, recintos y calzadas. Sus principales edificios como La Ciudadela, el Templo de Tlaloc y Quetzalcóatl (el dios de la lluvia y la Serpiente Emplumada) y el del Quetzalpapalotl parten con dirección Norte hacia una extensa avenida o Calzada de los Muertos, eje principal de toda la ciudad y los conjuntos residenciales que la flanquean. Esta última comunica con la Pirámide del Sol y la Pirámide de la Luna. Ellas se caracterizan por ser grandes basamentos, claramente con una intención escenográfica que impacta al visitante (una que se enmarca en el cerro Gordo, la otra fue construida sobre cuevas subterráneas), que se encuentra solo, en su cima, el templo.

Toda la ciudad posee una traza reticular ortogonal, una forma de expresar lo sagrado como algo organizado y sistematizado. Todas sus construcciones nos hablan de una «atemporalidad eterna», de una «prodigalidad de la naturaleza». La Pirámide de Sol, por ejemplo, se encuentra construida sobre un manantial, los cuales eran entendidos (no solo por los teotihuacanos) como un lugar sagrado de



origen de vida y de pasaje del inframundo al supramundo. Los templos, palacios y pirámides se encuentran estucadas con representaciones escultóricas en color verde (remitiendo a la pluma del quetzal y al jade) y rojo (remitiendo a la sangre). En sus interiores se suelen hallar grandes murales emblemáticos y escénicos, como el mural del Tlalocán, «el paraíso de Tlaloc» en el barrio de Tepantitla. Pareciera que nada está librado al azar, el mensaje es claro al visitante.

Los gobernantes nunca eran representados, parecieran subsumidos a la presencia de las deidades, como una élite anónima que solo tiene el deber de cumplir con el calendario ritual. Las imágenes son siempre impersonales, atemporales, son solo los «dioses» los que se representan obsesivamente en la escultura, la cerámica, la lapidaria y la pintura mural. Huehueoteotl es la deidad vieja, cuidadora del fuego del inframundo. Tlaloc, deidad del agua, relacionada con la agricultura y la fertilidad. Es un ser antropomorfo, con tocado de quetzal, orejeras de jade, anteojos, colmillos y lengua bífida. Quetzalcóatl es una serpiente emplumada. Es terrestre, con fauces similares al de una serpiente de cascabel y a un jaguar. Tlaloc, junto con Quetzalcóatl conformarían la unidad del complejo agrícola. Ambos trascendieron el Valle de México, impactando en los panteones zapotecas, olmecas y mayas.

Teotihuacán fue sede de poder político y económico, pero fundamentalmente religioso. Su influencia se puede identificar en diversos lugares (sea por alianza política, intercambios económicos, influencia religiosa) como Monte Albán, Matcapán, Tikal, Kaminaljuyú, Tlatcopán y en las regiones de Guerrero e Hidalgo. El poder de irradiación religiosa y su sentido de centro de peregrinación sagrada continuó aun después de su abandono, y muchas veces, fue reconocido como lugar de origen divino de distintas sociedades.

Paralelamente a Teotihuacán, existieron en otras regiones de Mesoamérica grandes centros urbanos, uno de ellos Monte Albán, ubicado en el Valle de Oaxaca. Como ya se ha señalado, la ubicación geográfica y la arquitectura cívico-religiosa evidencian haber alcanzado un importante nivel de organización, con el que se convirtieron en el centro de las decisiones políticas del valle. Monte Albán no tiene características de centro ceremonial como Teotihuacán, sino que se presenta como una urbe con mercados, palacios, templos, sistemas de almacenamiento de agua y alimentos, y complejos sistemas de drenaje.

Vista panorámica del sitio arqueológico de Teotihuacán.





1



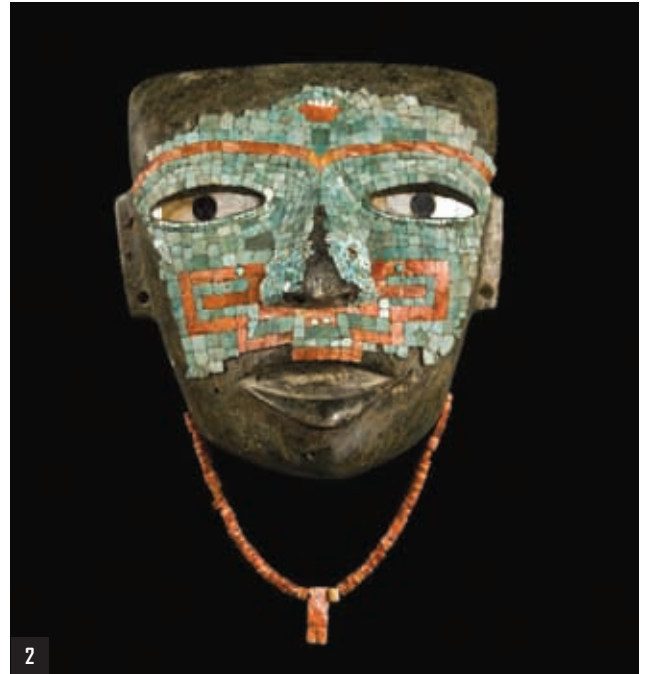
3



2

1. Pirámide de la Luna.
2. Templo de Tlaloc y Quetzalcóatl.
3. Recreaciones de los colores del Templo de Tlaloc y Quetzalcóatl.





1. Mural que representa el Tlalocan o Paraíso de Tlaloc en el barrio Tepantitla.
2. Máscara mortuoria con incrustaciones de jade.
3. Escultura de Huehueotl.
4. Urna con representaciones de símbolos bélicos.



Vista panorámica del sitio arqueológico de Monte Albán.

La ciudad está dispuesta en un eje Norte-Sur. En el centro se localiza la Plaza Principal, con tres edificios unidos entre sí. Luego se emplaza un gran complejo de Conmemoración Astronómica, y, al Oeste, tres edificaciones casi simétricas que flanquean la Galería de los Cautivos y la antigua Estructura de los Danzantes. Por último, al Este, se encuentra una cancha de Juego de Pelota donde se escenificaba el paso del sol de un hemisferio al otro.

Monte Albán albergó inicialmente (ca. 300 a. C.) a unos 20 000 habitantes, población que se duplicó en el Período Clásico. Contabilizando el área metropolitana y la rural, ocupó unos 40 km<sup>2</sup>, que incluyen edificios públicos, residenciales, religiosos y unas 2000 terrazas habitacionales. Como se mencionó, recibió fuertes influencias de Teotihuacán, observables en la cerámica, la escultura, la pintura mural ceremonial y la arquitectura, producto del activo intercambio comercial y una fuerte alianza política entre ambas ciudades. En efecto, las representaciones de Tlaloc son permanentes, aunque resignificados, como Cocijó.

Monte Albán fue la cabeza de la sociedad Zapoteca. La institucionalización del poder estaba dada por «linajes de gobernantes». Estas familias controlaban la vida ritual-ceremonial y la cuenta calendárica, una suerte de «especialistas rituales» que generaban una detención de poder por transferencia ideológica. Eran «protectores» frente a amenazas sobrenaturales (ámbito ritual), y naturales (ámbito bélico). Se puede observar la forma de detentar poder en las prácticas funerarias. Frente a sus magníficas tumbas, se plasmaba en murales, en esculturas, en estelas, la imagen del gobernante, de sus parientes y sus ancestros; una manifestación clara de la institucionalización de un grupo de poder (uno de los símbolos recurrentes eran «las fauces del cielo»).

En la zona selvática, cálida y lluviosa de las Tierras Bajas de Yucatán (México) y el Petén (Guatemala) y de las Tierras Altas de los actuales México, Belice y Guatemala, habitaron pueblos de lengua Maya, cuyos orígenes se vinculan con la



1

1. Cancha de Juego de Pelota de Monte Albán.  
2. Palacio de los Danzantes. Las figuras humanas representadas podrían haber sido cautivos de guerra.



2

tradición Izapa de Kaminaljuyú. Desarrollaron una cultura propia y alcanzaron su apogeo durante el Período Clásico entre los años 300 y 900 de nuestra era. En los últimos años, el conocimiento sobre la sociedad maya, se ha incrementado por los progresos en la investigación arqueológica y a los avances en el desciframiento de la escritura jeroglífica que crearon.

Entre los años 400 a. C. y 250 d. C., algunas de las pequeñas aldeas agrícolas experimentaron formas de agricultura intensiva que aumentaron la producción y con ella la cantidad de habitantes, hasta convertirse en centros urbanos de gran magnitud, con diferenciaciones sociales expresadas en el sofisticado estilo artístico y plástico de las enormes estructuras palaciegas y en las complejas ritualidades religiosas y cuidadosas prácticas funerarias. Pero el dato distintivo de





2



3

1. Ofrenda en la tumba de Atzompa, ca. 400 d. C.
2. Escultura de Cocijo.
3. Escultura de personaje zapoteca.

estas sociedades es sin duda la escritura jeroglífica (única en toda América) y la erección periódica de estelas fechadas por el sistema de cuenta larga.

Algunos centros encararon ambiciosos proyectos de construcciones cívico-ceremoniales monumentales como El Mirador, Uaxactún, Tikal y Copán en el Petén (actual Guatemala), Palenque, Bonampak y Yaxchilán en el Usumacinta (actual Chiapas, México), por citar algunas.

La importancia de estos centros radicaba en la disposición de materias primas en algunos casos. Otros se especializaban en la producción o dominaban lugares clave de las rutas de intercambio. Por ejemplo, Kaminaljuyú, en las Tierras Altas, controlaba la obsidiana y el jade; Colha y Komchén, en las Tierras Bajas, dominaban la extracción de sal y sílice; Nakbé dominaba un lugar clave en la ruta de acceso al Petén hasta que fue desplazado por El Mirador.

Los mayas desarrollaron un complejo sistema cosmológico-político para representar el orden social: en las Tierras Altas del Sur, los gobernantes eran conmemorados en imponentes monumentos esculpidos con escenas fechadas y textos jeroglíficos; en las Tierras Bajas del Petén, el poder de los señores se conmemoraba con la arquitectura de pirámides, suntuosamente decoradas con la simbología característica que los representaba y que los convertiría en verdaderos escenarios de hegemonía ceremonial. A continuación se analizará sólo a modo de ejemplificar el modo de organización de estas sociedades, tres de sus ciudades: Copán, Tikal y Palenque.

Copán es conocida como la Ciudad de Astrónomos. En los dos cerros extremos que encuadran la ciudad se colocaron dos estelas de piedra alineadas, de forma tal que, los 12 de abril, se forma una línea recta que atraviesa la ciudad (fecha en que se conmemora el comienzo de las labores agrícolas). Todos los monumentos de Copán son conmemorativos y «marcadores de tiempo». Los numerales y glifos (o signos pictográficos) representaban fechas precisas y cálculos astronómicos. Tanto los palacios, los templos, las estelas, las pequeñas edificaciones están llenas de escrituras. La Tribuna de los Espectadores, la cancha de Juego de Pelota, la Casa del Consejo o Popolna, la Escalera Jeroglífica (con más de dos mil quinientos glifos, la inscripción más larga conocida hasta la fecha), no dejan espacios vacíos. El relato es ciudad y la ciudad es historia.



Pinturas murales del sitio arqueológico de Bonampak. Las mismas nos ofrecen una visión de la vida ritual maya.

Tikal es una de las ciudades más extensas. Cuenta con tres mil estructuras habitacionales en solo 23 km<sup>2</sup> (que podía ser habitada por más de cincuenta mil personas). El fuerte poder de Tikal radicó en el control que ejercía sobre las rutas de intercambio con Teotihuacán, los llanos costeros del golfo y Kaminaljuyú, que le permitió asentarse como un gran centro redistribuidor del tráfico entre regiones. Se ubicaba en derredor de zonas pantanosas que, si bien facilitaban la defensa territorial, al mismo tiempo le permitían el aprovechamiento de esos reservorios de agua con obras hidráulicas. Hacia el comienzo de la era, se conformaron las formas arquitectónicas características que serían el sello de identificación de los pueblos mayas: la moldura saliente y la crestería. Llegaron a ser tan populares como las formas arquitectónicas de Teotihuacán. Se enfatizaba la verticalidad, el diferenciarse con la espesa selva, la demostración de superación de la naturaleza por parte de los Halach Huinicob (jefes gobernantes). Las cresterías, por ejemplo, duplicaban la altura de los palacios, y llegaban a medir más de 70 m.

Tikal tuvo una estrecha relación con Teotihuacán, que puede observarse en los incenceros trípodes, en los temas recurrentes en la alfarería y en la escultura y en



la resignificación con el propio estilo maya del panteón de divinidades: Huehuetotl, como Itzamná; Quetzacóatl, como Kukulcán, y Tlaloc, como Chaac. El prestigio de Tikal no se perdió ni siquiera cuando su influencia política declinó, posiblemente debido a la crisis de hegemonía de Teotihuacán, que habría privado a los señores de Tikal del apoyo político y económico que supieron tener.

Palenque se destaca por sus grandes construcciones y monumentos públicos, como una suerte de propaganda hacia los gobernantes mayas. Estaban repletos de bajorrelieves que representaban las glorias del gobernante y su derecho al liderazgo. Los líderes más importantes: K'inich Janaab' Pakal y Kan B'ahlam, quienes estuvieron en el poder por más de ochenta años.

Entre los monumentos más emblemáticos, puede mencionarse El Palacio, un complejo de edificios, con altares, tronos, bancas, respiraderos, altos techos y patios. En algunos de ellos hay numerosas representaciones murales, como la Tabla Oval donde se simboliza la entronización de K'inich Janaab' Pakal. Otra de las particularidades de El Palacio es la torre de cuatro pisos como puesto de observación.

El Templo de las Inscripciones es una pirámide de más de 20 m de altura y, en su interior, contiene tres paneles con inscripciones jeroglíficas (la segunda más grande de las ciudades mayas) que cuentan la dinastía de Pakal. Lo interesante es que debajo de la pirámide se encuentra la tumba de Pakal. Lleno de joyería, inscripciones y seis víctimas sacrificiales; sobre la lápida se representa su muerte y su caída al inframundo, del que nace, desde «las fauces abiertas del inframundo», el «árbol de la vida». La escalera que conduce a la tumba fue repleta de ofrendas de jade, cerámica y conchas, tapándolas con piedras, sellando así la tumba.

Pese a no conformar una unidad política entre ellas, las ciudades mayas compartieron un modo de vida, una lengua, una forma de organización socioeconómica, una cosmovisión religiosa, y una forma de manifestación artística e intelectual, que los ligó identitariamente. Algunas hipótesis sostienen que adoptaron una forma política segmentaria, de alianzas permanentes, pero con momentos de debilidad y conflicto. Cabe recordar que, en estas grandes ciudades no vivía el común de la gente. Si no que, la mayor parte de la población, se encontraba dispersa en la selva bajo una economía agrícola-ganadera.



1. Ciudad arqueológica de Copán.  
2. Estela H de Copán.



1. Escalera Jeroglífica.
2. Vasija con la imagen de la deidad Chaac en un contexto funerario.

Los logros más característicos de los mayas atañen al desarrollo de los conocimientos y al diseño de un complejo sistema de escritura jeroglífica único en la América prehispánica. Combinaban glifos fonéticos y logográficos cuyos signos se pintaban, tallaban o grababan sobre estelas, muros, dinteles, altares, escaleras o pequeños objetos de uso cotidiano. Disponer de saberes astronómicos les permitió diseñar un calendario muy preciso y un sistema de numeración de base vigesimal (con concepción del número cero) mediante la utilización de dos signos: un punto para designar la unidad y una línea o raya como valor de cinco unidades.

Los sistemas calendáricos eran dos. Uno ritual, regido por las prácticas cíclicas agrícolas, de doscientos sesenta días divididos en trece meses de veinte días cada uno. Otro solar, de trescientos sesenta y cinco días divididos en dieciocho meses de veinte días, con un período «nefasto» de cinco días. Cada cincuenta y dos años coincidían ambos calendarios, y marcaban el final de un período de vida y el comienzo de otro, ya que el mundo actual había de ser destruido por terminarse uno de estos ciclos, para así poder renacer.

Para sostener esta estructura social y política de las grandes ciudades, debían asegurarse el éxito económico que era básicamente agrícola (como se dijo, gran parte de la población desarrollaba sus actividades económicas tierra adentro), por ello era fundamental la tecnología de cultivo. Además del sistema de roza y quema rotatorio que practicaron (tala y quema de pedazos de selva), también desarrollaron cultivos con sistema de riego y andenes sobre las pendientes de las zonas inundables.

Los intentos de explicar —afirma León Portilla (2005)— qué ocurrió a los mayas, zapotecas, teotihuacanos y en general a los que dieron origen y promovieron los desarrollos sociales del Período Clásico en Mesoamérica, son todavía meras hipótesis. La decadencia y el abandono final de las magníficas metrópolis antiguas se produjeron, seguramente, por distintos motivos. Las evidencias parecen indicar un derrumbe repentino de Teotihuacán: ¿se incendió la ciudad como muestran algunos restos de muros y vigas de madera? ¿Fue destruida por fuerzas exteriores o fueron luchas internas político-religiosas las que pusieron fin a estas grandes ciudades? O como dicen algunos autores ¿fueron víctimas de cambios climáticos vinculados a la deforestación y desecación de los lagos por procesos naturales o por la propia acción humana?





1. Vista panorámica del sitio arqueológico de Tikal.
2. Templo I de Tikal.
3. Arquitectura tendiente a la verticalidad que resalta en el paisaje.
4. Detalle del conjunto estela altar.
5. Vasija funeraria en mosaico de jade del enterratorio 116 de Tikal.





3



4



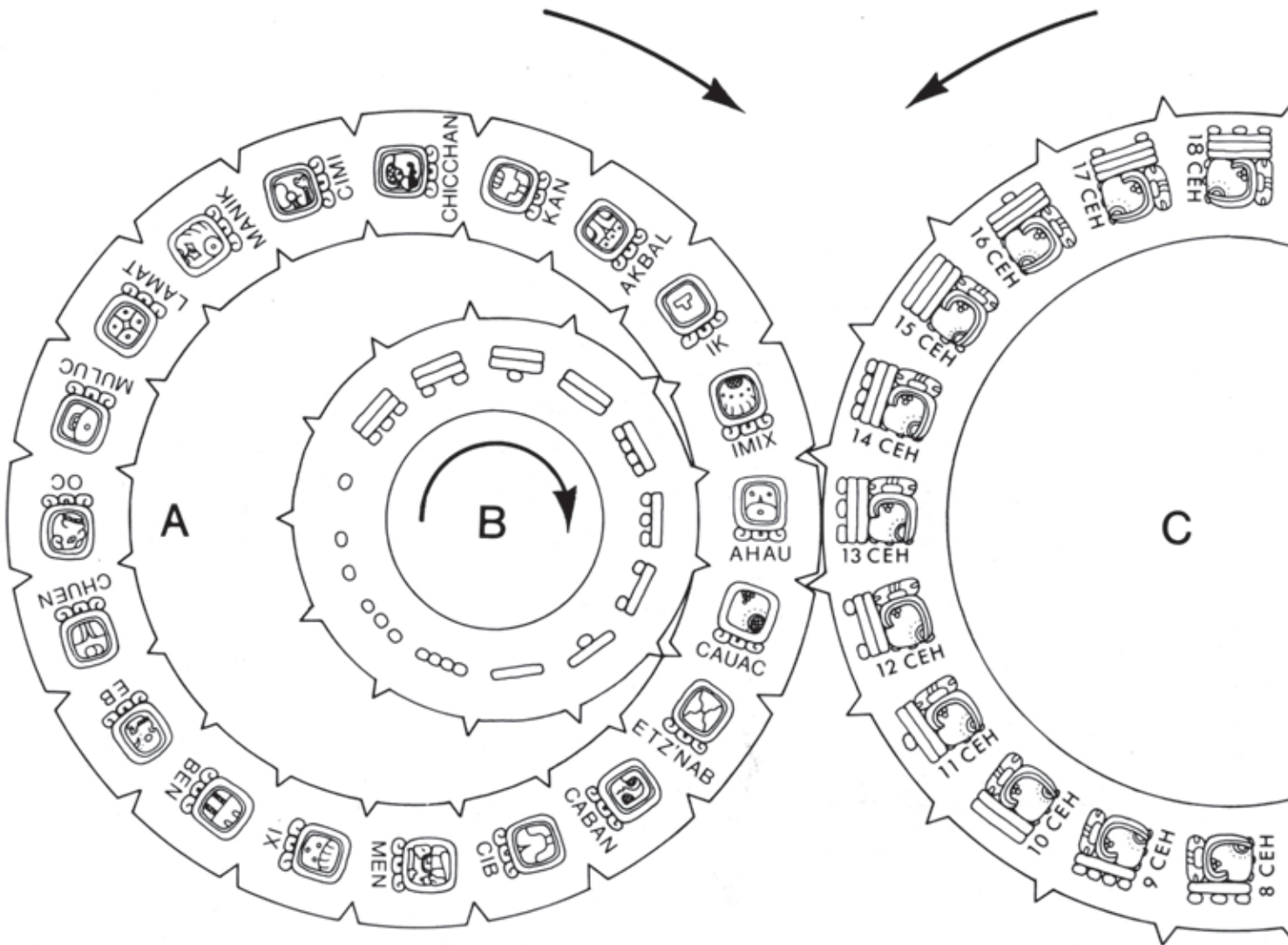
5

1. Vista panorámica del sitio arqueológico de Palenque.
2. Vista del Palacio de Palenque con su torre de tres pisos.
3. Máscara funeraria de Pakal.
4. Tapa del sarcófago de Pakal bajo el Templo de las Inscripciones. Se puede observar al soberano en el momento de su muerte engullido por mandíbulas esqueléticas.
5. Detalle del relieve de kinich Ahau.

Quizá fue la conjunción de estos factores o distintas razones que provocaron desenlaces similares. No se sabe ni se pueden hacer generalizaciones, porque no hay evidencias contundentes de ataques exteriores, grandes incendios, colapsos agrícolas o epidemias universales. Pareciera como si en determinado momento, los sacerdotes dejaron de erigir estelas y las ciudades gradualmente fueron abandonadas y sus habitantes se fueron a buscar otros lugares para establecerse.

Conjeturas aparte, la desaparición de la hegemonía de estas culturas no significó su desaparición absoluta, sus integrantes se fusionaron con otros pueblos que heredaron sus realizaciones clásicas y generaron nuevas que sobrevivieron en el tiempo, incluso en algunos casos, a la conquista europea.

Sistemas calendáricos mayas, ritual y solar, en concordancia.



## LAS INTEGRACIONES REGIONALES DE LOS CENTROS URBANOS EN LOS ANDES CENTRALES

A partir del siglo III a. C., hace unos 2300 años AP, el apogeo de Chavín de Huantar dio signos de declinación, y fue abandonado un siglo después, aunque no por ello perdió su valor simbólico y su influencia a lo largo de los Andes. Esto abrió el camino hacia un profundo reordenamiento de las sociedades andinas y el comienzo de un nuevo tiempo marcado por la integración regional de ciudades y aldeas en torno a nuevas formas político-organizativas con centros urbanos-religiosos que servían como núcleos de integración y negociación a distintas escalas con curacas de áreas vecinas.

Las sociedades de las costas tuvieron una cronología más extensa que alcanzó «ambos momentos» (los comúnmente denominados fines del horizonte temprano, período intermedio temprano y comienzos del horizonte medio). Así, unos siglos antes del inicio del primer milenio de nuestra era, en los valles de la actual costa peruana, surgieron expresiones culturales regionales distintas: en la Costa Norte, los pueblos Moche; en la Costa Sur, los pueblos Nazca y Paracas. Los primeros fueron autores de una notable tecnología y calidad estética dada por sus artesanos metalúrgicos y alfareros; los segundos, se destacaron por ser extraordinarios tejedores, alfareros y por un curioso manejo de los paisajes desérticos; en tanto que los terceros se distinguieron por su fina textilería, con sus complejos diseños y por el tratamiento extraordinario que daban a sus muertos.

Hacia el 500 d. C., en la Sierra y en el Altiplano, emergieron grandes centros urbanos-ceremoniales que se organizaron en unidades políticas de gran alcance regional al norte y al sur del Lago Titicaca. Wari, ubicada en el actual departamento de Ayacucho, fue una sociedad con una fuerte impronta expansiva militarista, cuya expansión alcanzó, por el Norte, hasta los territorios de los actuales departamentos de Cajamarca y Lambayeque y, por el Sur, hasta el Cuzco y Moquegua. Por su parte, Tiwanaku, al sur del Lago Titicaca, actual Bolivia, fue un centro de enorme poder cívico religioso, cuya influencia se extendió hacia el Sur, hasta, quizás, el noroeste argentino y el norte de Chile. Recordando los procesos de Mesoamérica, se observa una marcada regionalización de las ciudades, diferenciación social, hegemonía de una élite sacerdotal, crecimiento demográfico, especialización del trabajo, monumentalidad en la traza urbana, entre otras. Cada ciudad-centro regional comprendía un núcleo monumental, con edificios públicos, grandes plazas y áreas residenciales: cada una de ellas controlaba una vasta zona rural habitada por varias aldeas y poblados que dependían de ella económica y políticamente.

Los pueblos moche marcaron la historia de los primeros siglos de nuestra era en los Andes Centrales. Claro que no se puede pensar sino como un continuo de los pueblos de siglos anteriores, a los cuales los investigadores los denominaron Salinar y Gallinazo, (ambos ubicados en la costa norte de Perú).

Salinar fue caracterizado como una red de diferentes asentamientos aldeanos unidos bajo relaciones políticas y simbólico-religiosas. Usualmente, los asentamientos se ubicaron en sitios altos y fortificados para controlar las tomas de agua y alimentar las obras de irrigación de los valles. Esto puede indicar un continuo estado beligerante e inestable entre los distintos nodos urbanos, solo aplacado por negociaciones, alianzas y pactos interétnicos.



En cambio, Gallinazo, asentado en el sector medio de los valles de Lambayeque y Virú, puede haber sido el que preanunció las grandes huacas moche. En ese momento, se construyeron estructuras con grandes basamentos de adobe donde se asentaban promontorios monticulares de gran altura. Los modos constructivos, su orientación y su organización, además de los objetos hallados, son la antesala a lo que siglos más tarde serán los grandes centros políticos-ceremoniales moche.

Entre los siglos I y VIII d. C., los pueblos moche fueron los protagonistas de la árida planicie septentrional de Perú. Este paisaje extremo llevó a que la ocupación se limitara a una serie de valles transversales a la costa, surcados por ríos provenientes de las montañas andinas que desembocaban en el Pacífico. Por tal razón, sus dominios efectivos no fueron extensos. En su período de mayor expansión, ocuparon solo desde los valles de Piura hasta los de Huarney, una distancia de aproximadamente 550 km. Norte-Sur. La extensión Este-Oeste era aún más pequeña. Sus asentamientos se encuentran entre la línea de la costa y el punto donde las llanuras del valle se estrechan para entrar en los cañones que conducen a la cordillera de los Andes, una distancia de unos 50 a 80 km lineales.

La base de su poder fue el control del máximo recurso crítico: el agua. Mediante la creación de una compleja red de canales de irrigación, los moches ampliaron la extensión de tierras cultivables. Algunos hallazgos como el reservorio de San José —con capacidad de almacenamiento de cientos de miles de m<sup>3</sup> de agua—, la acequia de la Cumbre —de más de 110 km—, o el acueducto de Ascope, dan cuenta de ello. Si a estas obras hidráulicas, se añade el uso de guano como fertilizante extraído de las islas Chincha y los trabajos de estructuración de las chacras, se comprenderá por qué alcanzó tan alto nivel de producción y coerción. Es probable que ese excedente en la producción haya posibilitado la manutención de una red de artesanos de tiempo completo, y haya generado una tradición de especialistas de excelencia artística y sofisticadas tecnologías.

1. Huaco retrato moche.
2. Vasija escultórica de personaje sacrificial.



1



2

La alfarería moche refleja una confección notable tanto en su morfología como en sus temas representados. Fueron los primeros en emplear la técnica de molde, mediante la cual su producción aumentó rápidamente de escala, y llegó a cientos de miles de piezas. Las formas eran escultóricas o pintadas en plano. Dentro de las primeras, se observan escenas de la vida cotidiana como momentos de caza, de pesca, de construcción de casas, de cosechas, como también de animales, de plantas y objetos. Los llamados «huacos retratos» eran modelados con caras de distintos personajes, con gestos, adornos faciales o símbolos de poder (orejeras, naguireras, tembetás). También se moldearon figuras eróticas en las que se representan escenas de coito entre seres humanos y seres míticos, así como entre personas de igual o diferente sexo.

Las vasijas también fueron soportes para pintar complejas escenas de diversa índole: de guerra, de fiesta, de sacrificios, de rituales, etc. Pero cada pieza no es un relato en sí mismo, sino que se asocia con otras contando historias o mitos, como por ejemplo, la Rebelión de los Objetos. Estas historias también son replicadas en grandes murales de distintos centros moches, como en la Huaca de la Luna.

Se lograron grandes avances técnicos metalúrgicos. Lo más llamativo son las aleaciones de oro, plata y cobre en combinaciones varias y técnicas pioneras para dorar objetos de cobre. Bajo distintas formas de laminado, martillado, alambrado, soldaduras, se confeccionaron herramientas, armas, atuendos, emblemas, ornamentos y toda una variada y rica parafernalia ritual (como prendas de algodón cubiertas con plaquetas de metal dorado, que parecían estar hechas completamente de oro).

La arquitectura monumental moche también requirió de gran cantidad de mano de obra. Los moches ampliaron la escala de construcción en comparación con sus predecesores (Gallinazo). Algunas de las más conocidas son los complejos templarios denominados Huaca del Sol y Huaca de la Luna. La primera es una pirámide rectangular de 228 m por 136 m de superficie y 50 m de altura, con cinco plataformas. Se asciende a la cima mediante una rampa de 90 m de longitud y sobre la cual se eleva una pirámide escalonada con otras cinco plataformas. Debe de haber contenido más de ciento cincuenta millones de ladrillos de adobe, los cuales tenían impresos sellos que daban cuenta de qué grupo de artesanos los habían realizado (en total se contabilizaron cerca de cien sellos distintos).

La Huaca de la Luna se encuentra a unos 500 m de la anterior. De tamaño menor, es un edificio abierto, con una sola plataforma en uno de los lados, mientras que los otros tres están bordeados por seis terrazas escalonadas. En ella, se han localizado fragmentos de distintas pinturas murales.

Las evidencias dan cuenta de una organización sociopolítica no centralizada, sino de redes. No había solo un pequeño grupo de poder. Eran varios que controlaban los recursos de agua de cada valle. Esto requirió una compleja red de alianzas, negociaciones, intercambios; cada «señor» debía legitimar su poder a través de la construcción de obras monumentales, rituales ostentosos y supremacía militar, principalmente.

En el momento de mayor expansión (entre el 300 y el 600 d. C.), existió una clara división entre los que controlaban los valles del Norte y los valles del Sur, ambos sometidos a un estado continuo de hostilidad. Los «señores del Norte» controlaban los valles de Lambayeque (Sipán, Pampa Grande) y los de Jequetepeque (San José de Moro, Huaca Dos Cabezas, Pacatnamú, Sián, entre otros). Los «señores del Sur», entre tanto, controlaban los valles de Moche



Vasija escultórica que representa los sacrificios de la montaña.



1. Adorno de oro funerario.  
2. Tocados de oro.



(Huacas del Sol y de la Luna, Huanchaco, Galindo) y los de Chicama (Mocollope, Huaca Cortada, Huaca Cao Viejo, Complejo El Brujo).

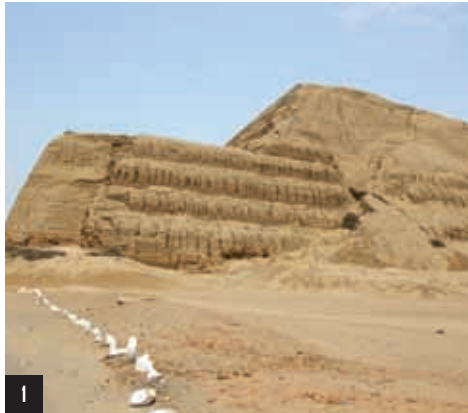
Las representaciones artísticas moche mostraban guerreros de pie o en combate, pero, particularmente, una escena se repite: los derrotados eran desvestidos y con las manos atadas y una soga al cuello eran presentados, subiendo por unas largas escalinatas, a una deidad que los sacrificaba. Al excavar las tumbas de Lambayeque (las más conocidas, la del Señor de Sipán y la Dama de Cao), se demostró que las deidades eran dignatarios. Eran tumbas de sacerdotes guerreros que llevaban a cabo distintas ceremonias, afianzando su poder. Allí se hallaron, no solo un centenar de piezas cerámicas y metalúrgicas que repiten el mito, sino también todos los objetos de filiación guerrera que aparece en la iconografía, como dos cuchillos que se usaban para la decapitación de los prisioneros.

Pero la estabilidad en el poder era errática, demasiados eran los factores que se debían controlar. Por eso, se cree que la caída de los «señoríos moche» tiene que ver con la pérdida de legitimidad de los sacerdotes guerreros al no poder controlar disturbios sociales y naturales. Hacia el 800 d. C., la costa peruana había sido devastada por tempestades causadas por la corriente de El Niño. Las grandes inundaciones derribaron muchas huacas, mientras que los subsiguientes períodos de sequía dejaron sin alimento a la sociedad. A la inestabilidad social interna, se le sumaron conflictos bélicos con guerreros wari de la actual región de Ayacucho, lo cual dejó a los pueblos moche disgregados y sin poder.

La Costa Central peruana, el área Pedemontana y las Serranías Centrales vivieron —como otras regiones— una etapa de grandes cambios durante los tres siglos anteriores a nuestra era, en los que muchos sitios de peso político quedaron deshabitados, y se produjo una gran fragmentación entre los pueblos. Hacia los 300 y 200 años a. C. volvió a haber algunos nucleamientos poblacionales, con la construcción de algunos centros de índole integracionista.

Hacia el sur de la actual ciudad de Lima, en los Valles de Chíncha, Pisco, Río Grande de Nazca, Palpa y, principalmente, en el Valle de Ica, comenzó el momento de esplendor de los pueblos Paracas. Dejaron su sello distintivo en su finísima textilería, muchas de ellas usadas para envolver a sus difuntos en verdaderos «fardos funerarios». A fines del primer milenio antes de nuestra era,





1. Huaca del Sol.
2. Reconstrucción de la tumba del Señor de Sipán.
3. Escena representada en diversas vasijas y pinturas murales sobre el sacrificio de cautivos.
4. Murales en la Huaca de la Luna.



predominaron las sociedades paracas sobre los valles del Sur, ya sea por sus manifestaciones artísticas, el tratamiento de los difuntos o la disposición constructiva de sus enterratorios. Evidencia de ello son los cambios sucesivos que sufrieron sus manifestaciones plásticas a lo largo de los años.

A partir de nuevos fechados radiocarbónicos se pudo observar que, entre el 400 a. C. y el 200 a. C., hubo una fuerte influencia Chavín. Sea por contacto directo o indirecto, lo cierto es que la iconografía Chavín aparece representada en alfarería y en tejidos de algodón pintado. Las caras de perfil con colmillos entrelazados, patas de caimán, personajes con dos cetros, entre otros, tienen un claro dominio sobre la materialidad de los sitios del Callango. A finales de este momento, y curiosamente de forma paralela a la caída de Chavín, desaparecen estos cánones iconográficos, y dan lugar a nuevos personajes con sus propias formas de representación. Es el momento del «ser oculado» como protagonista indiscutible: un personaje de brazos extendidos, cuerpo antropomorfo, rostro felino, una suerte de mimetismo entre hombre y animal. De su cabeza y su cuerpo salen múltiples apéndices que llenan el espacio plástico: serpientes, cabezas trofeos (cercenadas), armas, felinos, monos, halcones. Lo uno y lo múltiple. El ser oculado no se encuentra solo plasmado en los tejidos de algodón (a los que se los denomina «estilo lineal»), sino también, en alfarería, metales, calabazas pirograbadas, murales y en máscaras que se colocaban en la cabeza de algunos difuntos.

Esta nueva lógica estuvo acompañada de nuevas construcciones arquitectónicas. La más llamativa fue el Centro de Ánimas Altas (de más de 100 ha), que contaba con trece montículos con plataformas, edificios pequeños, grandes espacios de almacenamiento, plazas y canales de irrigación. Los enterratorios eran colectivos en cámaras funerarias. En las personas se observan deformaciones craneanas cuneiformes y evidencias de trepanaciones. Pero luego de un siglo Ánimas Altas perdió su esplendor y hubo una gran migración hacia la cuenca de Ocucaje.

Este momento coincide con el comienzo de una interacción con dos nuevas fuerzas regionales: las Sociedades Nazca y Topara. En el Valle de Ocucaje la actividad ritual aumentó sorpresivamente. Se hallaron enterratorios colectivos de más de cuatrocientos cincuenta fardos, por lo general, cada uno de ellos dentro de una cesta y con un excesivo ajuar funerario ubicado entre los pliegues de las telas (uno de los fardos que se halló contenía más de cien textiles que lo envolvían). La deformación craneana dejó de ser cuneiforme y para a ser la denominada «cabeza larga», y se perdieron ya evidencias de trepanación.

Algunos investigadores sugieren que los habitantes de los valles cercanos consideraban la península de Paracas un espacio sagrado donde enterraban a sus «señores», con cuidadosas mortajas compuestas por muchos textiles de finísima elaboración. Los entierros, a su vez, contenían túnicas, turbantes, comida, adornos, armas, animales disecados y lujosa cerámica policroma, que exhiben los distintos estamentos de la sociedad de Paracas y el poder de los señores que extendieron su influencia por los valles de Chincha, Pisco, Ica y Nazca. Con respecto a las manifestaciones plásticas, del ser oculado hay distintas variantes que se «animalizan», como si fuesen seres híbridos, y muestran una mayor voluntad descriptiva y naturalista de los temas. Surgió una nueva forma de confeccionar los tejidos, el estilo denominado «bloques de color».

Península de Paracas.





Tejido Paracas con Influencia Chavín.

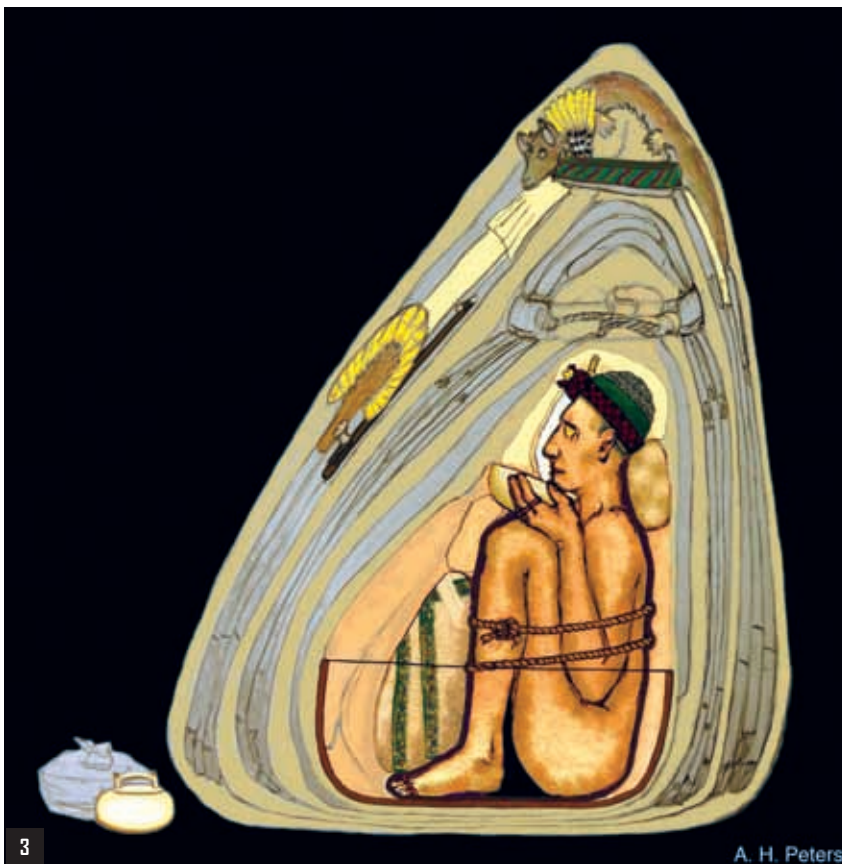
Manto Paracas de estilo Lineal con el personaje del ser oculado.



1



2



3



4



5

1. Unku Paracas.
2. Turbantes utilizados en necrópolis Paracas.
3. Esquema de un fardo funerario de necrópolis Paracas.
4. Evidencia de trepanación craneana.
5. Deformación craneana cuneiforme.



1

1. Manto Paracas de estilo Bloque de Color.
2. Manto bordado de estilo Bloques de Color.
3. Detalle bordado de uno de los tejidos.



2



3

Mientras tanto, en los valles de la Costa Sur peruana en la cuenca del Río Grande de Nazca, otros hábiles ceramistas —quizás, herederos de la destreza Paracas— iniciaron estilos independientes que culminaron en modos inconfundibles. Caracterizados por la brillantez, el colorido y el simbolismo de sus representaciones, la presencia de deidades y seres con fuerte carga de elementos felinos, los convirtieron en creaciones extraordinarias del arte universal.

Los estudios sobre los pueblos de Nazca se centran en la secuencia de los estilos cerámicos más que en sus asentamientos, ya que no es mucho lo que se puede decir de la arquitectura nazca. Es una de las zonas más áridas de la costa peruana, por lo que son una incertidumbre las formas constructivas que emplearon para el suministro de agua.

Los complejos habitacionales hallados en los valles de Nazca, de Acari y de Ica son asentamientos bastante simples contruidos con adobe y algunas construcciones de carácter templario monticular. El único centro importante es

el del Cerro Soldado, Valle de Ica, donde se distinguen montículos, una plaza y numerosas casas, al igual que el centro ceremonial situado junto al río Tungva, un pequeño templo circular rodeado de un conjunto de cuartos y casas.

Su alfarería merece un párrafo aparte. Hasta el siglo II a. C., se representaban temas relativamente naturalistas, por lo general, especies animales y vegetales, figuras con trazos simples y grandes áreas de color. Un estilo caracterizado por la claridad y la simplicidad. Pero un fuerte cambio sucedió a partir de ese siglo, con diferencias locales en los diferentes valles. Quizás debido a una «revolución religiosa», aparecieron rasgos nuevos: temáticas militares (guerreros, cabezas cercenadas, armas) y el ser mítico antropomorfo que, al igual que el ser oculado

1. Sitio arqueológico de Cahuachi.
2. Acueducto Nazca.
3. Fardos funerarios en el cementerio de Chauchilla.



en Paracas, fue símbolo por excelencia en Nazca. Posee una máscara sobre la boca, una maza en una mano y una cabeza trofeo en la otra, de su frente sale un manto con muchos apéndices. No es un motivo estable, sino que posee muchas variantes. Los temas icónicos pueden ser ordenados en tres categorías: naturalistas (pájaros, flores, animales), geométricos y míticos. Permanecen ausentes la retratística y las escenas de vida cotidiana, pues se trata de un arte más simbólico que representativo.

Dentro de la temática religiosa, además del ser mítico antropomorfo aparecen la orca mítica, el gato moteado, la criatura serpentina, la arpía, el segador, entre otros. Hacia el siglo V d. C., se evidenció una tendencia en las representaciones plásticas más «prolífica». Se añadieron rayos y borlas a los seres míticos, y ocupaban todo el espacio plástico. Disminuyeron los temas naturalistas y aumentó la temática militar. Una gran dispersión de vasijas con escenas de batallas y decapitaciones aparece, desde el Valle de Cañete hasta Yauca y Acari, que muchos investigadores han explicado como un momento de contacto y conflicto entre las sociedades nazca y las moche.

La relación entre las sociedades paracas y nazca ha sido interpretada como forma de tradición costera continuada, con una percepción religiosa común con temas compartidos (como las cabezas trofeo), aunque, en la sociedad nazca, es la alfarería el medio principal de representación en detrimento de los tejidos.

Pero de los muchos aspectos de la sociedad nazca, han sido los geoglifos de la pampa de Ingenio, entre Nazca y Palpa, los que han tenido fama mundial. Las llamadas Líneas de Nazca, trazadas a una escala descomunalmente grande (los motivos lineales pueden tener de 4 a 1000 m<sup>2</sup> mientras que los dibujos de 15 a 140 m<sup>2</sup>), habrían sido realizadas sobre la base de la remoción de grava propia del desierto, que dejaron al descubierto el suelo estéril de coloración clara.

La hipótesis con más peso en la actualidad es la que plantea su relación con el culto al agua. El importante vínculo con el medio ambiente, en esta zona de gran aridez, se manifiesta no solo en la alfarería, sino también, en los geoglifos. La orientación de los trapecios se correlacionan con el caudal de agua y las líneas rectas, en sus intersecciones, poseen grandes ofrendas monticulares con conchas marinas, al igual que las figuras de plantas y animales. Corresponde pensar en un modo artístico que no está para ser visto, sino transitado, experimentado, modificado, sacralizando la geografía.

A mediados del primer milenio de nuestra era, los desarrollos regionales habían incrementado la población en los Andes Centrales, producto de la agricultura intensiva, bajo diferentes sistemas de riego y terrazas de cultivo. Las grandes ciudades constituyeron unidades políticas complejas, cuyos «señores» incrementaron su poder e influyeron sobre otros pueblos y regiones. La expansión de las sociedades hizo que entraran en competencia por los recursos alimenticios.

En la Sierra peruana y en el actual Altiplano boliviano, emergieron dos grandes unidades políticas de alcance e integración regional al norte y sur del Lago Titicaca: Wari y Tiwanaku.

Las áreas de control de estas dos unidades no parecen haberse superpuesto. Su límite se encontraba cerca de la actual ciudad de Puno. Wari se ubicó en el actual departamento de Ayacucho, Perú, y su expansión alcanzó, por el Norte, hasta los territorios de los departamentos de Cajamarca y Lambayeque; por el Sur, hasta el Cuzco y Moquegua, y, por el oriente, las selvas de la región de Vilcanota.



Cabeza trofeo con soga para su traslado.



Vasija con asa puente con el personaje mítico antropomorfo.



Vasija con representación del ser mítico antropomorfo en su fase prolífica.



Vasija modelada de orca mítica.

Tiwanaku en cambio, extendió su influencia por la cuenca del lago Titicaca, las tierras del Altiplano boliviano, los valles cochabambinos y chuquisaqueños, el desierto chileno, las yungas orientales y otras regiones que aún están en estudio.

Algunos investigadores sostienen que Wari y Tiwanaku representan dos modos políticos distintos de expansión y organización. Mientras la base del primero era del tipo militarista con nodos administrativos en las poblaciones locales que entraban en su dominio, el segundo instauró un extenso y complejo sistema de redes de alianzas entre distintos pisos ecológicos bajo negociaciones recíprocitas, manejando las redes de caravaneo de los Andes Centro-Sur.

1. Geoglifos trapezoidales.
2. Geoglifo con representación de mono.
3. Geoglifo con representación de ave.
4. Geoglifo con motivo de ballena.
5. Detalle de las líneas.



La hegemonía de Wari se produjo entre los años 600 y 1200 d. C. Representó un complejo desarrollo político coercitivo en los Andes Centrales, ya que integró desarrollos urbanos anteriores de naturaleza muy disímiles. Wari reclamaba a las nuevas comunidades satélites el aporte de materia prima, recursos y mano de obra de acuerdo con su propia agenda bajo reglas de complementación y reciprocidad. Fue una sociedad urbana que organizó su economía a partir de una fuerte planificación que contemplaba sistemas de cultivos intensivos de irrigación por terrazas, o por sistema de camellones o waru waru, y de ganadería de llamas y alpacas en todas las ciudades que conquistó.

Fueron los primeros en desarrollar la idea de traza urbana en el área andina, con la que levantaron grandes complejos arquitectónicos, con muros perimetrales que encerraban las casas, almacenes, calles y plazas. Construyeron edificios para la administración civil, para las guarniciones militares y núcleos urbanos





organizados en barrios de artesanos. Todas las construcciones eran amplias y de un solo piso, siguiendo una arquitectura planificada, modular y simétrica. Lo interesante de sus ciudades es su acceso y visibilidad. No solo estaban amuralladas, sino que los corredores interiores tenían paredes de 3 m de altura, con lo que resultaba imposible ver del otro lado. Su único acceso hacía de ellas una suerte de laberinto imposible de flanquear.

Algunos de los centros Wari fueron: Piquillaqta, al este de Cuzco; Wiracochapampa, en Huamachuco; Huariwillca, en el Callejón de Huaylas; Cajamarquilla y Pachacámac, en Lima. Los centros regionales cumplían el rol de almacenamiento y circulación de bienes, muy diferentes de los centros ceremoniales.

La cerámica Wari tuvo influencia de Tiwanaku. Inicialmente eran vasijas votivas de gran tamaño y se utilizaban en los enterratorios como ofrendas, pero se fue transformando a tipos de objetos más pequeños: botellas con cuello, cuerpo ovoide y base plana, botellas con pico, cántaros con cuello cilíndrico, entre otros. Los motivos característicos son antropomorfos e incluyen elementos trazados, como seres míticos con cabeza felínica. Hay motivos tiwanaku que se resignificaron bajo nuevos cánones plásticos, como la deidad de los dos báculos o el personaje alado.

A partir del año 1000 d. C. la ciudad de Wari decayó como centro político y perdió el control de las ciudades y territorios que tenía bajo su dominio. Esto produjo la emancipación de los pueblos dominados y el abandono de las grandes ciudades. Se desconocen las causas del declive de Wari, por lo que no se puede aventurar una hipótesis sin elementos serios.

Tiwanaku, situado en el actual departamento de La Paz (Bolivia), a pocos kilómetros del lago Titicaca y a una altura de 3842 m. s. n. m., fue el centro urbano ceremonial más importante del Altiplano. La caída de los centros Pucará, en el siglo III de nuestra era, coincidió con la emergencia de Tiwanaku como una potencia del



1. Placa de hueso y mineral de cobre.
2. Sitio arqueológico de Piquillacta.



lago. Transformándose en un centro urbano de importancia, alcanzó su hegemonía entre los años 300 y 900 d. C., dando impulso a una fuerte integración económica que excedió los límites del territorio controlado.

Por un lado, estimuló la producción alimenticia y de bienes suntuarios a gran escala conforme a las necesidades de la élite dirigente y, por otro, alentó un mayor desarrollo de los circuitos de intercambio. Pero, sin dudas, la prioridad de «los señores del lago» fue el aumento de la producción agrícola, para atender las crecientes necesidades y asegurar la alimentación al conjunto de la población de la ciudad, de las áreas rurales y los centros vecinos de la cuenca del Titicaca. Se llevó a cabo una estrategia de agricultura intensiva por sistema de camellones, largas plataformas de tierra cultivable construidas por excavación de zanjas a ambos lados que, luego,





1. Tocado wari.
2. Vasija silbadora con motivos geométricos.
3. Unku wari con motivos geométricos escalonados.
4. Vasija policroma wari.
5. Gorro de cuatro puntas.
6. Casco wari.





Lago Titicaca.

eran inundadas. Las aguas contenidas en las zanjas, además de servir como reservorios de humedad para la estación seca, producían un efecto moderador sobre las temperaturas, atenuando las heladas. Su mayor exponente fue Pampa Koani.

Entre los 400 y 800 años d. C., Tiwanaku se erigió como el centro de una red jerárquica de urbes secundarias, que se expandió mediante el envío de colonos a las tierras bajas situadas a ambos lados de los Andes. Estableciendo enclaves comerciales en puntos distantes, abarcaban amplias porciones de territorio del extremo sur del Perú, el altiplano de Bolivia, las yungas orientales, el extremo norte de Chile, incluso algunas localidades septentrionales del noroeste de la Argentina. Gradualmente, sin embargo, declinó, hasta desintegrarse en algún momento del siglo XI d. C., por circunstancias vinculadas a una desastrosa y larga sequía.

El lago Titicaca fue considerado por mucho tiempo como un *taypi* o *axis mundi*, un centro en el que convergen los opuestos que se complementan. Desde él, se dividía el mundo en Urco (el poniente, el altiplano, lo masculino) y Uma (el saliente, los valles, lo femenino).

La arquitectura de la ciudad de Tiwanaku es una continua metáfora al lago, al *taypi*. Su trazado urbanístico está dado por una red de alcantarillados subterráneos o en superficie que le da una estructura concéntrica, simbolizando una gradación concéntrica de lo sagrado (el centro es el *taypi*). Por otro lado, rigen principios axiales cardinales. El eje Este-Oeste remite al camino del sol que une el cerro Illimani (al oriente) con el lago (al poniente), materializado en las escalinatas de la pirámide del Akapana. El eje Norte-Sur los núcleos ceremoniales gemelos, al norte el Akapana, al sur el Pumapunku.



1. Vista del Akapana.
2. Alcantarillado dentro del Akapana.
3. Sistema de camellones en Pampa Koani.

Actualmente, del centro ceremonial de Tiwanaku, solo quedan vestigios derruidos o, en parte, reconstruidos. Entre ellos: la Pirámide del Akapana, el Templo de Kantatayita, el Templete Semisubterráneo, el Templo de Kalasasaya, el Palacio Putuni, el Palacio Kheri Kala y la Pirámide de Pumapunku.

El Akapana, de 182 m de ancho por 194 m de largo y 18 m de alto, es una estructura con planta de media cruz andina (símbolo de las cuatro partes del mundo habitado), compuesta por siete terrazas superpuestas. Una escalinata, con esculturas de chachapumas (imágenes de guerreros con máscara de pumas, con una cabeza en una mano y un hacha en la otra) erigidas sobre

pedestales, lleva a la cima cuyo centro tenía un patio hundido en forma de cruz andina donde se acumulaban las aguas pluviales. Los ingenieros instalaron en la pirámide un sofisticado sistema de canales subterráneos que hacía que las aguas drenen por fuera y dentro de la pirámide descendiendo por las terrazas hasta un gran sistema de desagüe subterráneo que daba al lago. Imitaba la circulación de las aguas de lluvia que, entre diciembre y marzo caen con súbitas tormentas sobre el cordón montañoso de Quimsachata; escurren por una infinidad de arroyos subterráneos que, cada ciertos trechos, afloran a la superficie, se apoyan en las terrazas naturales y se infiltran de nuevo en el interior de la montaña, y emergen al pie del macizo en forma de ríos, arroyos y manantiales que constituyen la fuente de agua para todo el valle.

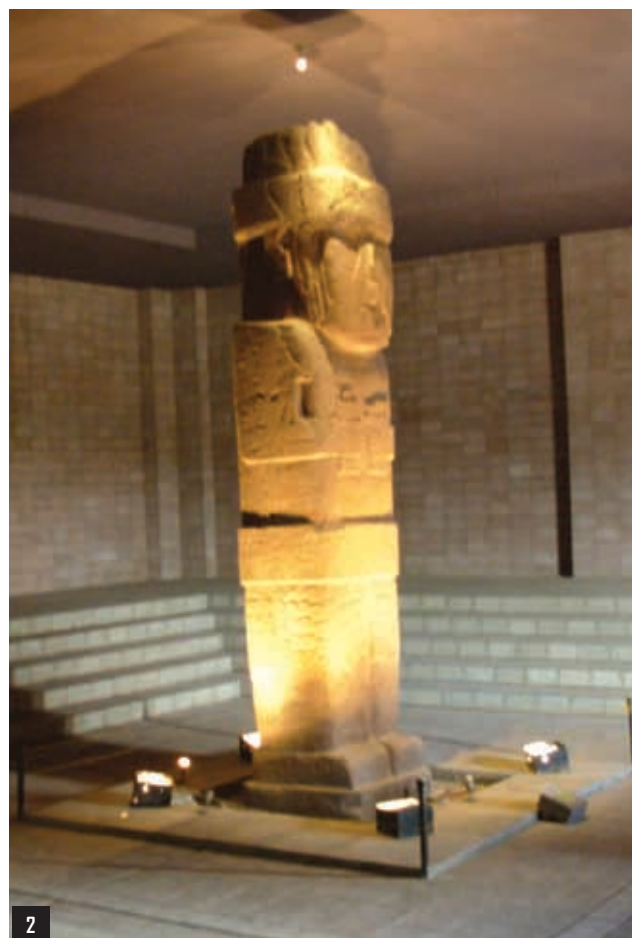
Flanqueando la Pirámide de Akapana por el Norte, se encuentra un patio abierto, conocido como el Templo Semisubterráneo. En sus muros hay 175 cabezas humanas esculpidas en piedra caliza. A poco más de 20 m al oeste del Templo y al norte de la Pirámide, la prominente portada del Templo Kalasasaya orientada al sol naciente, en la que su interior guarda la Puerta del Sol, el Monolito El Fraile y el Monolito Ponce. Posee patios internos y dos filas de siete pequeñas cámaras cuadrangulares, donde se supone que alojaban los cuerpos momificados de gobernantes fallecidos o de ancestros de los linajes de la élite. Al oeste del templo, separadas por una amplia avenida, están las ruinas del Palacio Putuni, un complejo de planta rectangular de grandes dimensiones y más al oeste del Putuni, se encuentra el Palacio de Kheri Kala.

A unos 900 m en dirección al suroeste del Kheri Kala, se encuentra sin duda el edificio más suntuoso de la ciudad, la Pirámide de Pumapunku formada por tres terrazas superpuestas escalonadas, con un amplio espacio terraplenado en forma de «U». Sus pisos están tapados con minerales y arcillas que les dan múltiples colores. Posee grandes sillares líticos, que probablemente hayan estado cubiertos con placas metálicas y telas, portadas (una idéntica a la del sol), dinteles, estatuas de chachapumas, entre otros.

Tiwanaku impulsó una fuerte integración económica que excedió los límites formales de su territorio. Ante un diverso escenario de nichos ecológicos y

1. Cabezas clavadas en el Templo Semisubterráneo.
2. Vista del Kalasasaya desde el Templo Semisubterráneo.





sociedades que los habitaban, empleó diferentes sistemas de trabajo para obtener sus recursos. Así se enfrentó en las yungas, con pueblos agrícolas que practicaban el sistema de tala y quema, en tanto que, en las márgenes del río Desaguadero, afluente del lago Poopó, encontraban núcleos de urus pescadores y recolectores del río y del lago. Pero lo más importante fue el manejo y control de las redes de tráfico caravanero que conectaba de forma eficaz distintos pisos ecológicos y generaba relaciones de clientelismo, de intercambio o de alianzas con los pueblos de los Andes del Sur.

Hacia fines del primer milenio, Wari y Tiwanaku comenzaron una lenta declinación que culminó con el abandono de sus centros urbanos y regionales. Las causas ciertas del colapso se desconocen y, para el caso, podría repetirse la línea argumentativa de León Portilla para explicar el similar proceso ocurrido en Mesoamérica. De todos modos, hay coincidencia entre los investigadores que señalan las graves consecuencias de un prolongado período de sequía, que habría producido una reducción drástica de alimentos que debilitó la situación de las élites que controlaban las áreas de integración. Los indicios muestran que se caracterizó esta etapa por el enfrentamiento entre ciudades que dio inicio al Período Posclásico, en el cual surgirían diferentes desarrollos regionales.

Cuatro siglos más tarde, cuando los españoles preguntaron por el origen de los inkas, se les dijo que sus héroes fundadores venían de Tiwanaku. Mito o realidad, lo cierto es que las élites incaicas explicarían el origen divino y de ellos mismos a

1. Monolito Ponce.
2. Monolito Bennett.

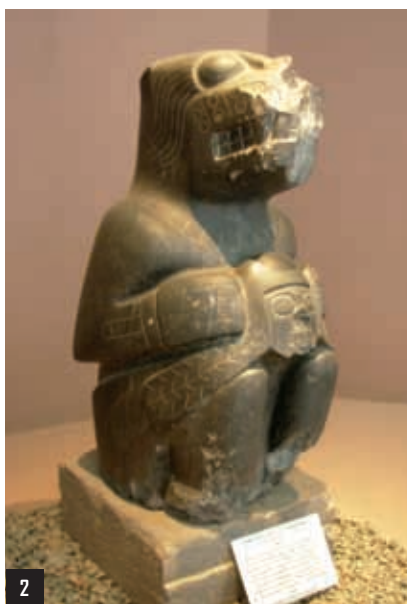


partir de las Islas del Sol y de la Luna del lago Titicaca, donde se halla el Templo del Sol y la Roca de los Orígenes. Copiaron vocabularios iconográficos de Tiwanaku, consideraron la posibilidad de establecer la corte real en este sitio, se inspiraron en parte en sus ruinas para construir el Cuzco y vincularon su linaje real con los señores de la prestigiosa ciudad altiplánica.

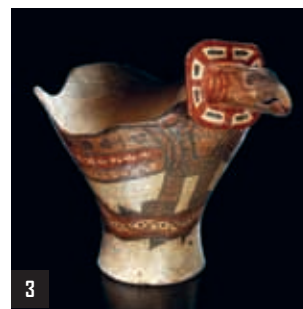
En algún momento, los inkas remozaron uno de los templos de Tiwanaku y practicaron rituales en él. Al menos un soberano se las ingenió para que su hijo naciera en uno de los aposentos que los cuzqueños construyeron en los alrededores de las ruinas. Lo que los inkas estaban haciendo con estos despliegues llenos de significación política, era importar legitimidad de los legendarios Señores del Lago Sagrado para forjar su propio Imperio.



1



2

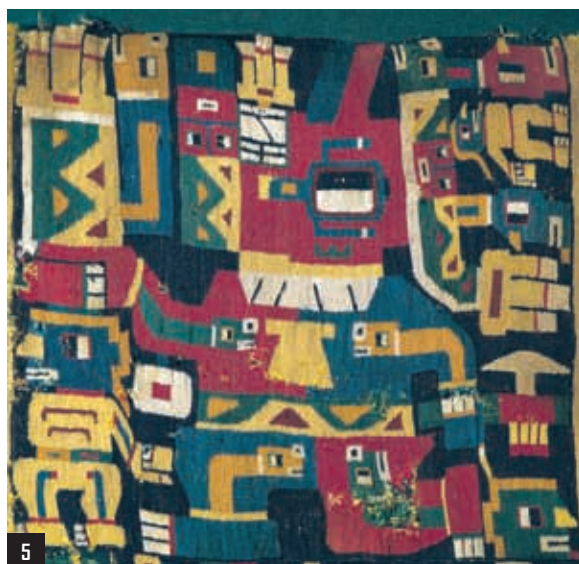


3



4

1. Portal del Pumapunku.
2. Chachapuma.
3. Incensario con modelado de águila.
4. Incensario con modelado felínico.
5. Manto con personaje de los dos cetros hallado en Pulacayu.



5



**L**a desintegración de las grandes unidades políticas mesoamericanas y andinas condujo, a comienzos del segundo milenio de nuestra era, a un proceso de profunda inestabilidad y fragmentación debido al aumento de conflictos regionales (e interregionales) y enfrentamientos militares. Esta situación provocaría grandes cambios sociales y políticos en las élites y en el sistema de ideas, creencias y ritualidades, vinculadas al militarismo emergente. Los señores-sacerdotes poseedores de un poder legitimado en el saber y el conocimiento, serían desplazados por una élite de señores-guerreros, que darían su impronta a las nuevas sociedades.

Los conflictos derivados de disputas territoriales por los recursos, el comercio y la circulación de bienes, culminaría en sujeciones políticas de unos pueblos sobre otros, bajo las formas de construcción estatal más extensas y complejas del mundo antiguo americano. Durante los tres siglos previos a la llegada de los europeos, se produjo la formación de las dos unidades políticas imperiales o los dos Estados centralizados más extensos de América: en Mesoamérica, la Confederación Mexica o Azteca y, en Sudamérica, el Tawantinsuyo Inka.

Ambos tuvieron características organizacionales diversas. Por un lado, los mexicas o aztecas ejercieron un poder indirecto, mediante la cooptación de las élites vecinas para la contribución de tributos. No organizaron territorialmente un enorme Estado centralizado, dividido en administraciones provinciales, a cargo de gobernantes mexicas y sin infraestructura de caminos o guarniciones militares. Por otro lado, los inkas organizaron una fuerte integración política estatal, apoyándose tanto en alianzas con otros señores andinos como en la expansión militar. Organizaron un Estado centralizado (el Tawantinsuyo) dividido en cuatro administraciones provinciales (o Suyos), con funcionarios inkas, articulado por una extensa red de caminos y comunicaciones que permitía administrar pueblos y regiones muy distantes, para explotar los recursos y obtener excedentes.

Por fuera de estas dos organizaciones estatales imperiales, una constelación de pueblos muy diversos, se extendía por las praderas y estribaciones de las montañas norteamericanas, las selvas y cordones montañosos de Centroamérica, las selvas de la cuenca Amazónica-Guaraní, el monte chaqueño centro-sudamericano, los valles y quebradas circumpuneños, las verdes praderas rioplatenses y araucanas, como el sur patagónico de la Argentina y Chile. Un conglomerado heterogéneo de sociedades aldeanas agricultoras o pastoriles, que combinaban una economía de producción con la recolección y la caza según las regiones que, para esta etapa, conocían la cerámica, la textilería de distinto tipo y tenían una organización social bastante simple no exenta de jefaturas y señoríos, con una religiosidad vinculada al universo simbólico de la vida, los astros y la tierra.

## LOS DESARROLLOS REGIONALES DE LOS GRANDES ESTADOS IMPERIALES EN MESOAMÉRICA

Hacia el año 1000 d. C., el vacío de poder producido por la caída de Teotihuacán, produjo un desmembramiento en la población del Valle Central. Sin embargo, las inmigraciones cada vez más fluidas de grupos cazadores-recolectores del Norte desértico creó un paisaje salpicado de múltiples pueblos. Los grupos del Norte, muchas veces denominados chichimecas (quizás un denominador común para

## PERÍODO POSCLÁSICO. LOS DESARROLLOS REGIONALES DE LOS GRANDES ESTADOS IMPERIALES (900 D. C. A 1500 D. C.)



grupos distintos, pero que compartían las características «seminómadas»), incorporaron modos agrícolas incipientes y establecieron alianzas con sus vecinos de modo de apropiarse de los espacios ocupados.

Años más tarde, en el mismo escenario, se produjo la formación de un núcleo de dominación política (suerte de alianza de pueblos agricultores y chichimecas) en la meseta central del valle, con su centro en la ciudad de Tula, cuya influencia en distintos ámbitos se extendería más allá del Valle de México, y llegarían más allá de la Península de Yucatán.

Tula poseía extensas tierras aptas para el cultivo y recursos valiosos en piedra caliza y depósitos de obsidiana, pero además, ocupaba un lugar clave en las rutas de intercambio con el Golfo y las Tierras Bajas y Altas del Sur, que le permitieron convertirse en un centro político-económico. Tula fue la gran metrópoli de la Sociedad Tolteca. Su militarismo, organizado en órdenes identificadas con el jaguar y con el águila, fue indispensable para el ejercicio de la dominación de todo un sistema de redes de intercambios en un amplio espectro territorial.

Recuperaron elementos teotihuacotas (cabe recordar que el peso simbólico de Teotihuacán sobrevivió a su propio abandono), como el calendario, el conocimiento astronómico y el culto a Quetzalcóatl. Pero no solo eso, tomaron a Teotihuacán como su propio «lugar de origen mítico», una forma de sustentación cosmológica de pertenencia. Las ruinas de Tula dan testimonio de una entramada metrópoli, con singulares figuras escultóricas como Atlantes y Chac Mool, que se encontraron luego en Chichén Itzá, ciudad de la esfera de dominio maya del período posclásico temprano en la Península de Yucatán.





1. La ciudad arqueológica de Tula, vista de la Pirámide B.
2. Atlantes, representaciones de guerreros preparados para la batalla con átlatl a su costado, pectorales de mariposas y tocados en forma de tambor.
3. Edificio Coatepantli.
4. Chac Mool del Palacio de Tula. Estos guerreros yacentes se colocaban delante de los tronos.
5. Relieves de jaguares y águilas de la pirámide de Quetzacoatl.
6. Máscara Tolteca.



## MESOAMÉRICA

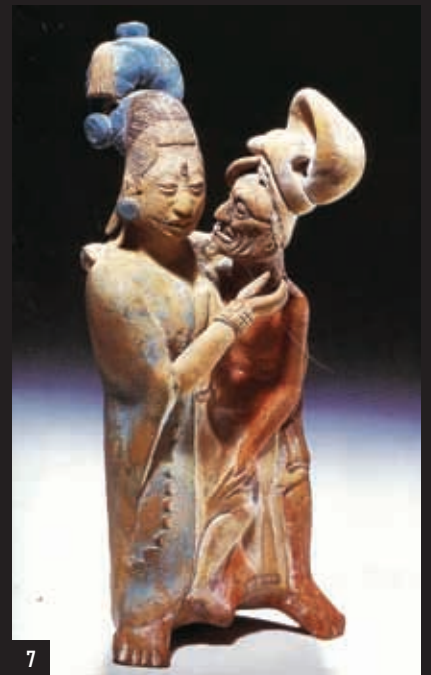


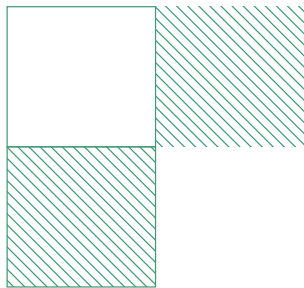
1

1. Vista panorámica de la ciudad arqueológica de Chichén Itzá.
2. Pirámide funeraria denominada El Castillo.
3. Templo de los Guerreros con claras influencias toltecas.
4. Detalle del dios Chaac en la esquina del Templo La Iglesia, Complejo Las Monjas.
5. Chac Mool en el Templo de los Guerreros.
6. Pintura mural del Templo de los Guerreros en Chichén Itzá.
7. Vasija silbato de un hombre y una mujer con el característico azul maya.



2





El panteón Tolteca está encabezado por dos deidades: Quetzalcóatl (la Serpiente Emplumada), deidad venerada por una élite de sacerdotes poseedores del conocimiento, y Tezcatlipoca (espejo humeante negro) venerada por la élite militar.

Esta dualidad es reflejo del conflicto que dio origen a la organización sociopolítica tolteca, bajo una élite gobernante que unió las funciones militares con las religiosas, donde las prerrogativas de los sacerdotes de Quetzalcóatl pasaron a manos de los líderes militares que veneraban a Tezcatlipoca y viceversa. Una especie de eterna rivalidad y alianza, de desprecio y necesidad. Con esta doble cara, avanzaron los toltecas hacia las tierras del Sur, incorporando pueblos por pactos de tipo rituales oficiados por Quetzalcóatl, o bajo las armas, con la protección de Tezcatlipoca.

El mito de ambas deidades culmina con el destierro de la serpiente emplumada y el nuevo reinado del dios de la guerra. Seguramente, relacionado con la expulsión de Tula del sacerdote Ce Acatl Topilzín, quien había sido el fundador del primer linaje real tolteca, tras un largo conflicto de poder con las órdenes guerreras. Este momento marca el punto cúlmine de la expansión militar tolteca y su subsiguiente caída, resultado de rebeliones internas y sublevaciones.

En efecto, el mito del destierro de Quetzalcóatl, está presente en la ciudad maya de Chichén Itzá. Es allí que Quetzalcóatl, o Kukulcán para los mayas, es recibido y empoderado como líder. No es extraño entonces que las representaciones de Atlantes no aparezcan y sí los Chac Mool, relacionados con Kukulcán. Una evidencia más que ayudaría a dar fuerza a esta hipótesis, son las representaciones de los enfrentamientos de los señores jaguar (toltecas de Tezcatlipoca) y los señores águila (mayas de Kukulcán).

Durante su hegemonía, pero sobre todo después de la dominación tolteca, apareció entre las élites estatales mesoamericanas, el interés por vincularse con los linajes toltecas, para legitimar su poder. Más aún entre los poderosos señores llegados del Norte, sin conexión genealógica con los toltecas y más emparentados con un origen chichimeca, quienes reclamaron esposas de sangre tolteca para madres de una futura generación de pipiltin (nobles) que formarán el estamento gobernante legitimado.

Luego de la caída de Tula, se produjo en el Valle Central una nueva dispersión de poblados, caracterizados por relaciones de alianzas, conflictos, guerras y negociaciones. Distintas ciudades que fueron tomando poder por alianzas segmentarias con las vecinas, se conformaron en lo que los pueblos nahuas llamaron altepetl. Casi todos los altepetl eran productos de migraciones chichimecas que se habían establecido en el valle, que se autorreconocían como herederos o portadores étnicos toltecas. Cada altepetl contenía un territorio, un templo y una deidad principal como símbolo de soberanía, una autoridad dinástica gobernante, el tlatoani (aquel que los guió por el desierto), y, en su interior, una sociedad estratificada en diferentes tipos de segmentaciones más pequeñas.

Las partes constituyentes del altepetl se conocen como calpulli, término que significa «casa grande», en cuyo seno, existía un pipiltin (noble) que era la cabeza. El tlatoani pertenecía a un calpulli determinado, del cual era jefe a la vez que soberano de todos los demás. A él y a su calpulli, llegaban los frutos de la recolección del tributo en primera instancia, los pipiltines (nobles) de los otros calpullis le rendían pleitesía y tributo, los macehualtines (gente del común) rotaban en su servicio encargados del trabajo agrícola.

La incorporación de tradiciones y prácticas originarias de Tula, implicó el reconocimiento de la religión tolteca, aunque, por los relatos de la tradición, tuvieron un

carácter ambivalente. En lo más alto de su panteón se encontraban, por un lado, la deidad Mixcoatl (dios de la caza y de la vía láctea, seguido por los grupos nómades cazadores) que representaba la fuerza y bravura chichimeca y, por el otro, a Ce Acatl Topiltzin Quetzalcóatl, representante de los valores civilizatorios toltecas. Sin embargo, fueron inclinándose cada vez más hacia el culto de dioses guerreros (como Tezcatlipoca) que legitimaban la expansión del poder del altepetl.

En el superpoblado y conflictivo territorio alrededor del lago Texcoco diferentes altepetls alternaban el dominio político, como Colhuacán y Azcapotzalco. En este contexto, quienes lograron imponer su hegemonía sobre el Valle de México serían los mexicas o aztecas, pueblo oriundo del Norte, de la región de Aztlán. Al igual que todos los grupos chichimecas, arribaron como un pueblo más de toda la corriente migratoria de fines del primer milenio de nuestra era. Se establecieron en las islas de menos recursos del lago Texcoco, y fueron sometidos a servir como macehualtines a los señores o pipiltines tepanecas de Azcapotzalco.

Hacia el siglo XIV, los mexicas o aztecas habrían construido la ciudad de Tenochtitlán. Produjeron una serie de modificaciones en su organización social y política, convirtiéndose en una sociedad jerarquizada entre pipiltines (nobles) y macehualtines (gente del común). Muy similar al caso de Tlatelolco, ciudad hermana de Tenochtitlán. Ambas eran centros tributarios de Azcapotzalco.

Durante la crisis de sucesión de Tezozomoc, tlatoani de la alianza tepaneca, Chimalpopoca (tlatoani mexica) fue asesinado —presumiblemente por los tepanecas—, por lo que estalló la guerra entre mexicas y tepanecas. Itzcoatl, nuevo tlatoani mexica condujo la rebelión aliándose con los poderes de Texcoco y Tacuba (ciudades más pequeñas), dando inicio a la Triple Alianza, que subsistiría hasta la crisis final del imperio, pero en la que el poder del soberano de Tenochtitlán (huey tlatoani) se impuso sobre los demás. Luego de la victoria sobre Azcapotzalco, Itzcoatl y su cihuacoatl (gran sacerdote y consejero) emprendieron una serie de reestructuraciones económicas, políticas, sociales e ideológicas siguiendo la tradición cultural de las clases dominantes.

Su sucesor, Moctezuma I, definió los privilegios de los pipiltin y reglamentó las diferencias estamentales, que incluían el vestido, las viviendas y la educación. Los tributos se repartieron en función de derechos de nacimiento y éxitos militares, que junto a la agricultura de chinampas y el comercio se convirtieron en la base de la economía imperial.

La necesidad creciente de tierras y tributos de una ciudad cada vez más grande y poderosa generó en la nobleza la necesidad de extender más su dominación a través de campañas militares y acuerdos de intercambio y tributo con las ciudades dominadas. Esta expansión se sustentó en una alteración de la versión de la historia y de la religión, según la cual los mexicas eran descendientes de los toltecas, ya que Acamapichtli el señor de Culhuacán, junto con otros pipiltines, se casaron con hijas de antiguos sacerdotes y guerreros mexicas, de modo que descendían de los toltecas y en última instancia de Quetzalcóatl.

Ellos habían abandonado Aztlán, conducidos por Huitzilopochtli, sacerdote de Tetzahuitl Teotl (manifestación de Tezcatlipoca), quien los había elegido para darles un lugar privilegiado donde serían pipiltines y jefes de todos los que habitaban la tierra. El sacerdote Huitzilopochtli se deificó y se asimiló a Tezcatlipoca identificado con el Sol a quien los pipiltines debían mantener con vida. Así, la clase dominante se legitimó y se otorgó el papel decisivo de

mantener el orden cósmico. Para ello, elevó a un oscuro dios y local, como Huitzilopochtli, a divinidad suprema y se consolidó una cosmología imperial que obligaba a la captura de guerreros enemigos para sacrificarlos al dios y alimentarlo con la fuerza espiritual de las víctimas, con el objetivo de mantener al quinto Sol con vida y evitar la destrucción del mundo. Este culto reformado, por el que la élite mexica logró legitimar su dominio interno y externo, constituyó una verdadera ideología imperialista.

De esta conjunción de intereses saldría la fuerza conquistadora más importante de Mesoamérica, jamás conocida hasta entonces, cuyas campañas militares tenían por objeto capturar prisioneros para el sacrificio y obtener tributos para el Estado. Alcanzaron la máxima expansión en el reinado de Ahiutzotl, pero el imperio nunca tuvo continuidad territorial. Las conquistas carecían de una consolidación posterior, porque el manejo de ciudades que prometían obediencia quedaba en manos de élites locales y, si bien para los aztecas se reducían al mínimo los problemas administrativos, aumentaba la posibilidad de rebeliones. De hecho a las conquistas iniciales, usualmente, la seguían campañas de reconquista de esas mismas regiones.

1. Escultura de Chac Mool debajo de la Escalinata de Tlálóc.
2. Escultura de Coyolxauhqui que se encuentra bajo la escalinata de Huitzilopochtli.
3. Escultura de Coatlicue, madre de Huitzilopochtli y Coyolxauhqui.





El más importante de esos Estados independientes que no podían ser conquistados fue el de Tlaxcala, cuyos soldados fueron parte, junto a los españoles, del sitio de Tenochtitlán. El costo de mantener esta lógica era altísimo y para el gobierno de Moctezuma II se hizo insostenible, pese a que intentó algunas concesiones reforzando a la más alta aristocracia, poniendo límites a las posibilidades de ascenso social que daba el éxito en la guerra o el comercio de larga distancia, e incentivando las campañas contra esos enclaves rebeldes; fracasó en todos sus objetivos.

Su fracaso estuvo en gran parte determinado por la propia estructura expansiva basada en una cosmología que exigía un crecimiento ilimitado de conquistas y sacrificios, empujada por las necesidades materiales de un centro cuyo crecimiento demográfico había sido gigantesco.

Tenochtitlán era una ciudad imponente y era el corazón indiscutido del vasto imperio. Hacia su mercado confluían los más variados y ricos productos. Pero no eran solo los tributos de las provincias lejanas la fuente de su economía, las imponentes obras hidráulicas permitieron ampliar las tierras de cultivo mediante las chinampas. Como Tlatelolco presentaba un aspecto colorido y agitado, el

1. Cráneo humano con incrustaciones de turquesas, obsidianas y pirritas; representando a Tezcatlipoca.
2. Piedra Calendario.
3. Tocado de plumas que probablemente lució Moctezuma II.
4. Ruinas de Tenochtitlan en la ciudad de México.
5. Escultura de joven guerrero águila de tamaño natural.



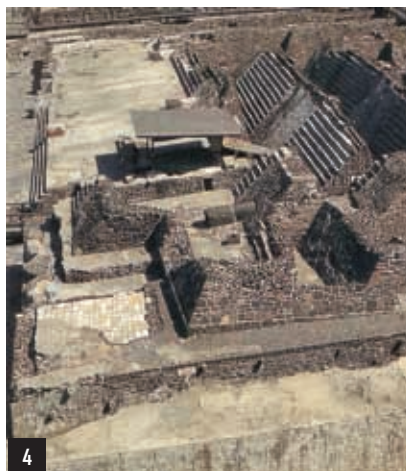
1



2



3



4



5

Modelo a escala del Templo Mayor.  
Se divisan las pirámides gemelas de Tláloc  
y Huitzilopochtli.



Templo Mayor era el centro cósmico de la ciudad, dedicado a las dos divinidades principales: Tláloc (divinidad vinculada al agua y a la fertilidad, de quien dependía el éxito de la agricultura y cuyo rito se remonta a Teotihuacán y la ciudadela de Quetzalcóatl) y Huitzilopochtli (señor del cielo y de la tierra, dador de vida).

Más allá de la frontera imperial, otros pueblos desarrollaron su existencia más o menos independientes del control imperial; aunque directa o indirectamente, hubiera relaciones de intercambio o identificación cultural y religiosa. Los señoríos zapotecos y mixtecos de Oaxaca y las tierras mayas fueron las más extensas e importantes.

En el territorio maya, tras la caída de los grandes centros del Período Clásico (Tikal, Copán, Palenque) de la región del Petén, hacia los años 1000 d. C., el eje de gravitación político y cultural se trasladó al norte de la Península de Yucatán, donde se erigieron ciudades que al parecer tenían fuertes vínculos culturales con el mundo tolteca. A las ciudades mayas del Período Posclásico como Chichén Itzá, Mayapán y Uxmal se las denomina «toltequizadas» o «mexicanizadas», porque fueron producto de un proceso de mestización cultural de fuerte contenido náhuatl, entre las poblaciones mayas —que abandonaron las ciudades de la región central del Petén— y la corriente migratoria tolteca que arribó a Yucatán a inicios del segundo milenio. Ya se hizo referencia a las leyendas que recuerdan la llegada de Topilzin Quetzalcóatl (Kukulcán para los mayas) encabezando una corriente migratoria tolteca que, hacia fines del primer milenio de nuestra era conquistó la región y se estableció en lo que luego fue Chichén Itzá. Pero las sorprendentes similitudes entre la ciudad de Tula, Hidalgo y Chichén Itzá son evidencia directa de la dominación tolteca sobre los mayas del Período Posclásico.

Si bien las interacciones entre los Estados y jefaturas mayas fue de carácter mercantil, en especial con las grandes áreas nucleares de Oaxaca y del Valle Central de México, del Golfo y de las costas de Guatemala y Tabasco, para los mayas-toltecas, este período fue de fuerte fragmentación, inestabilidad y estado de guerra interno, que se extendió hasta la llegada de los conquistadores europeos.

Chichén Itzá formó una alianza con Mayapán y Uxmal, conocida con el nombre de Confederación o Liga de Mayapán. El auge de Chichén Itzá y de sus gobernantes maya-toltecas terminó hacia fines del siglo XIII, abandonaron su ciudad y se dirigieron a las selvas del Petén, donde fundaron una nueva población en la isla Tayasal del lago Petén Itzá, allí permanecieron a salvo hasta la segunda mitad del siglo XVII. Al ocaso de Chichén Itzá, surgió Mayapán como la gran heredera de la grandeza de Chichén. Su marco temporal abarca de 1221 a 1441 d. C., cuando su supremacía llegó a su fin enfrentada con Uxmal. Era una ciudad fortificada, rodeada de una muralla de piedra cuya arquitectura permite apreciar claras influencias toltecas. Acabado el dominio de Mayapán sobre la Península de Yucatán, esta se dividió en al menos 16 cacicazgos distintos enfrentados entre sí. En el Petén, Tayasal de los Itzáes, Zacpetén de los Ko'woj y Queixil de los Yalnain, fueron las últimas ciudades mayas y mesoamericanas en ser conquistadas.

## LOS DESARROLLOS REGIONALES DE LOS GRANDES ESTADOS EN LOS ANDES CENTRALES

El colapso de Wari y de Tiwanaku fragmentó el escenario político de los Andes Centrales en numerosos y pequeños Estados, generando contrastes regionales que se hicieron más evidentes hacia fines del siglo XI y comienzos del siglo XII. En la costa Norte, el desarrollo urbano culminó con la formación de los

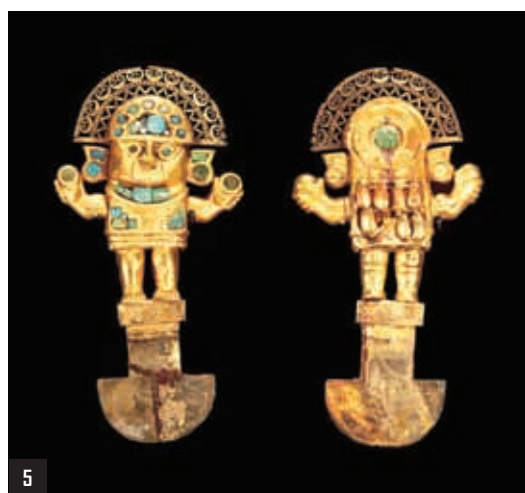


grandes «reinos» Chimú o Reino de Chimor, cuya principal ciudad fue Chan Chan, en el Valle de Moche. En la costa Sur, se generaron pequeños centros regionales asociados a los pueblos Ica, con alguna alternancia en la supremacía de unos sobre otros. En tanto que en torno a la cuenca del lago Titicaca y los curacazgos del Valle de Cuzco los inkas que, en principio, no parecían un pueblo con gran poder, fueron la principal fuerza unificadora de toda el área panandina.

El gran reino Chimú, fundado hacia el año 900 de nuestra era, fue en principio un Estado local que controlaba el Valle de Moche. Tiempo después —hacia el año 1200 d. C.— comenzó su poderosa expansión a partir de la reelaboración de tradicionales estrategias andinas. Estas prácticas, fundadas en el culto a los antepasados, son las que se conocen como herencia partida, la cual establece el derecho sobre las propiedades conquistadas a los soberanos difuntos y el derecho a la sucesión política al heredero principal de su linaje. El sucesor heredaba el cargo político, pero no las propiedades (palacios y tierra) que seguían en posesión de la momia del soberano difunto, la cual debía ser cuidada y perpetuada por los familiares herederos secundarios. Esto creaba al nuevo dirigente la necesidad de conseguir propiedades y tributos, fundando un nuevo linaje.

En Chan Chan, cada nuevo mandatario construyó un nuevo palacio y sus plataformas sepulcrales, en una sociedad extremadamente jerarquizada y con un gran desarrollo en la tecnología hidráulica. En el siglo XII, conquistaron los valles de Jequetepeque y de Lambayeque y, al mismo tiempo, dominaron las tierras altas del Norte. A fines del siglo XIV, su influencia se había extendido hacia el Sur —cerca de la actual Lima— pero bajo una dominación no centralizada.

Chan Chan fue un gran centro urbano construido en adobe, con un fino tratamiento arquitectónico, edificado de espaldas al mar en una planicie con un gran muro en su parte norte. La ciudad tenía grandes recintos rectangulares que formaban conjuntos independientes. Estas eran las áreas residenciales,



1. Adornos faciales en oro y conchas de spondylus.
2. Pectoral de conchas de spondylus Chimú.
3. Respaldar de andas ceremonial.
4. Traje ceremonial Chimú.
5. Hacha ceremonial —tumi— de oro con incrustaciones de turquesas.
6. Máscara funeraria.
7. Vasijas silbadoras.

denominadas ciudadelas, destinadas a ser residencias de los mandatarios. Cada una pertenecía a un soberano y, a su muerte, pasaba al cuidado de su linaje para descanso de su momia, mientras que el nuevo debía construirse otra.

La ciudad contaba con grandes depósitos y estructuras de almacenamiento, plataformas, plazas y lugares de reunión. Los muros internos estaban enlucidos y pintados, decorados con celosías o motivos figurativos. Chan Chan daba la sensación de inaccesibilidad y exclusión, dado que tenía una sola entrada siendo los muros de 9 m de alto y 2 m de ancho. En los suburbios había barrios de artesanos, mientras que la población general vivía en caseríos y aldeas a las afueras de la ciudad. Esta jerarquía edilicia da cuenta de una sociedad altamente estratificada, a cuya cabeza estaba la élite formada por el señor y su familia, los sacerdotes, funcionarios y militares, luego los servidores de los señores, por debajo los vasallos y los servidores domésticos y en la base los campesinos.

El lugar —hoy desértico— tuvo un complejo sistema de obras hidráulicas que irrigaba la zona, y la convirtió en un área agrícola altamente productiva, con capacidad para producir alimentos para la numerosísima población que se calcula en más de 30 000 habitantes. En la segunda mitad del siglo XV, hacia 1470 d. C. irrumpieron en la zona los señores del Cuzco, e incorporaron el territorio chimú al Tahuantinsuyu.

En contraposición a la zona costera, en el Altiplano meridional hubo muchas jefaturas que surgieron con el derrumbe de Tiwanaku: kollas, lupacas, omasuyos, pacajes, canchis. Si bien kollas y lupacas mantenían relaciones pacíficas con otros grupos, entre ellos los conflictos eran permanentes y violentos. En los valles andinos, tras la caída de Wari, también surgieron jefaturas en conflicto como los qheswas y los chancas. Los Qheswa o Inkas eran una jefatura del Valle del Cuzco, cuya organización no difería del resto de los grupos, cuyos integrantes se relacionaban entre sí a partir de la pertenencia a un antepasado común y la trama de parentesco constituía al ayllu.

Las tierras y propiedades pertenecían al dominio colectivo de los ayllus y los hogares reforzaban su pertenencia, intercambiando bienes y mano de obra a partir de los principios de reciprocidad y complementación. El trabajo comunitario



Sitio arqueológico Chan Chan.

incluía, además de trabajar las tierras de cada unidad doméstica, trabajar en las tierras del señor o Sapa Inka, del templo y de las divinidades locales (huacas), en las de los señores étnicos o curacas, y en el sostenimiento de las viudas y huérfanos (waqcha). Las tareas se llevaban a cabo en trabajos por turnos o mit'a.

Más allá de la tradición oral imperial, que sostenía que siempre habían sido gobernados por una dinastía de descendientes de Inti (el Sol, dios supremo), hasta el séptimo soberano Viracocha inka, los jefes son personajes de existencia incierta. El origen mítico con que los Inkas explican su historia narra que son oriundos de la Isla del Sol del lago Titicaca, y que Manco Cápac y Mama Ocllo (hermanos-esposos-hijos del Sol) fueron sus padres y fundadores del Cuzco, quienes les dieron los conocimientos agrícolas y asentaron las bases de su supremacía sobre otras parcialidades.

Detalle de los bajorrelieves de los muros de Chan Chan.



Así, asociándose al mito de origen, los inkas legitimaban su poder sobre todo el mundo andino, con el que forjaron su propio imperio, además de emparentarse con los Señores del Lago Sagrado (Tiwanaaku). Aparecían imbricados en la antigua cosmogonía venerada por los pueblos andinos, cuyos símbolos eran el Sol, el culto a los antepasados, la huaca (monolito de piedra que representa al ancestro momificado), asimilados al Culto Solar en el que se presentaban como hijos y señores del mundo.

A lo largo del siglo XIV, los centros urbanos de la Sierra se consolidaron mediante coaliciones militares más o menos exitosas. Entre los cacicazgos y reinos militares, se destacaron los quechuas en el área occidental del Cuzco, los chancas hacia el Norte, los canas y canchis al sur de Cuzco, los kollas y los lupacas al oeste del lago

Titicaca. En la medida que se desarrollaban los pueblos, sobrevinieron los conflictos y enfrentamientos por los recursos, la tierra y las fuentes de agua. Cada uno estableció alianzas con unos y hostilidades con otros. Entre las rivalidades, se destaca el enfrentamiento entre quechuas y chancas por un lado y kollas y lupacas por el otro.

A comienzos del siglo XIV, Viracocha Inka ascendió al poder y fue el primero que intentó hacer conquistas permanentes sobre las aldeas cercanas al Cuzco. En esta etapa, se produjeron cambios en la manipulación del contenido religioso, pero sin claras ventajas aún para los inkas sobre sus vecinos, debido al poder de los lupacas y sobre todo de los chancas que se habían extendido por el territorio quechua. Al instalarse en sus fronteras, los chancas atacaron a los inkas, hasta que invadieron su territorio y pusieron sitio a Cuzco.

Viracocha Inka ya era anciano y el final de su reinado estaba próximo, por lo que huyó y se llevó a su hijo y sucesor, Inka Urco, a la vez que dejó la defensa

Vista aérea de las ciudadelas de Chan Chan.



de Cuzco en manos de su otro hijo Cusi Inka Yupanqui, quien logró con ingentes esfuerzos derrotar a los chancas, por lo que fue aclamado como nuevo Sapa Inka con el nombre de Pachacútec Inka Yupanqui, y se impuso luego por las armas a la oposición de su padre y su hermano.

Pachacútec inició la expansión Inka más allá de las fronteras del Perú actual: hacia el Norte, conquistó los reinos Chimú y de Quito, y por el Sur llegó hasta el valle de Nazca, imponiendo su dominio sobre un complejo mosaico de sociedades diversas y trasladando a los grupos conflictivos lejos de sus regiones de origen, a lugares más estratégicos para los fines del imperio. Fue además el organizador de la estructura económica del Estado, diferenciando las tierras «para el Sol»



1



2



3



4

1. Vista del Qapaq Ñam o Camino Real incaico.
2. Quipu incaico.
3. Túnica real con Tocapus.
4. Ofrendas en miniatura del ritual de la Capacocha en enterratorios de altura.





1. Templo del Coricancha con el convento de Santo Domingo encima.  
2. Aríbalo cuzqueño.

y «para el Inka», impulsando la construcción de canales de riego, andenes de cultivo (terrazas agrícolas) y colcas (depósitos o despensas estatales) en todas las regiones del imperio. Conectó todas las Ilaqtas (ciudades) al Qapaq Ñam (Camino del Inka), ampliándolo y edificando en sus tramos —cada legua o legua y media— los tambos (aposentos) para el descanso del viaje y organizó un sistema de chasquis (mensajeros) y de quipucamayoc (contadores) que contribuyeron a garantizar las comunicaciones y guardarlas con fines estatales.

Dividió el Tahuantinsuyu en cuatro suyos (regiones): Chinchaysuyo, al Norte; Collasuyo, al Sur; Antisuyo, al Este, y Contisuyo, al Oeste. A los suyos los dividió en huamanis (provincias) y estableció funcionarios que supervisen las administraciones y la labor de los curacas en sus ayllus.

Pachacútec fue el responsable de la expansión cultural del Cuzco a partir de la transformación ideológica y la reelaboración histórica de los inkas. Priorizó el culto al Sol y ordenó la edificación de templos en su honor, asegurando tierras y mitayos (trabajadores por turnos) para el sostén del templo, e imponiendo el uso del Quechua o como lengua oficial del Tahuantinsuyu. En los últimos años de su vida, Pachacútec confió la dirección de las campañas militares a su hijo Túpac Inka Yupanqui, en tanto



1



2

1. Sitio arqueológico de Saqsaywamán.
2. Sitio arqueológico de Machu Pichu.



que él se dedicaba a la construcción en el Cuzco de algunos de los monumentos como el Coricancha (Templo del Sol) y Saqsaywamán, la fortaleza cercana a la capital. Murió en 1471, su mallqui (momia) fue venerada por su Panaca (linaje) Hatun Ayllu.

Los inkas —como todos los pueblos andinos— guardaban el culto a los antepasados, identificados en la huaca, cuya importancia era tan sagrada como el cuidado de los mallquis (momia de los antepasados). Por ende, muchas de estas transformaciones implicaron la resignificación de pautas andinas tradicionales, como por ejemplo asociar al culto a los muertos la imposición de la herencia partida. Esto significaba que a la muerte de un Inka, quien lo sucedía —no necesariamente el hijo primogénito— no heredaba las propiedades, las cuales continuaban en poder del difunto o de su mallqui, custodiada por su panaca real (parientes), por lo que el nuevo Sapa Inka debía crear una nueva panaca y conseguir nuevas propiedades, incentivando así una dinámica expansiva.

Conrad y Demarest (1984), sostienen que al impulsarse la expansión del Tawantinsuyu, la herencia partida incrementaba las exigencias militares y administrativas, aumentaba las necesidades de excedentes agrícolas y obligaba a inversiones enormes en el mejoramiento y ampliación de las tierras. El hecho de que cada vez más tierras pasaran a pertenecer a gobernantes difuntos y a sus panacas, era fuente de conflictos con los pueblos a quienes les arrebataban tierras y también entre las panacas. La disputa de tierra adyacente al Cuzco condujo a que se emprendieran obras de infraestructura de riego y de andenes o terrazas de cultivo con el fin de aprovechar el fondo de los valles y las laderas de los cerros. Como consecuencia, ante el riesgo que exigía emplear una ingente mano de obra luego, fallaran las cosechas por las sequías, las heladas o el granizo, sobre todo del maíz cuyo cultivo se dificultaba por encima de los 2700 m sobre el nivel del mar.

Aparte de estas tensiones, el Estado estuvo sometido a otro conflicto derivado del culto a las mallquis reales (y del dominio de sus tierras y propiedades), que generó disputas de intereses interpanacas (convertidas en facciones políticas que minaban la autoridad del Sapa Inka y amenazaban la estabilidad del gobierno). En realidad, puede decirse que dentro del Tahuantinsuyu como Estado, las panacas coexistían como una serie de señoríos más pequeños, cada una con sus propiedades, sus integrantes, sus posesiones, sus fuentes de ingreso y con su gobernante difunto considerado como un ser vivo capaz de dar órdenes y un igual del Sapa Inka que, en ese momento, ocupaba el gobierno. Las aspiraciones de las panacas y las ambiciones de sus integrantes agravaban las tensiones entre los gobernantes presentes y pasados, con el predecible resultado de intrigas y conspiraciones que se ponían en juego contra el Sapa o para influir en la sucesión del trono y sacar provecho. Esto ocurriría a la muerte de Túpac Yupanqui —heredero de Pachacútec— y en la sucesión de su hijo Huayna Cápac.

Túpac Yupanqui continuó la obra de su padre y consolidó el Tahuantinsuyu en el norte hacia las tierras de los chachapoyas (Selva Norte), cañaris y cayambis (en Ecuador) y hacia el Sur, al territorio araucano hasta en el río Maule, donde encontraron una tenaz resistencia que no pudieron doblegar. Túpac Yupanqui murió en 1493, y su sucesor fue Huayna Cápac.

Huayna Cápac se concentró en consolidar el dominio inka en el Chinchaysuyo (provincia Norte) sofocando las rebeliones de los huancas, cañaris, huancavilcas, chonos, chachapoyas y punaños, y llegando hasta el río Ancasmayo (actual Colombia), con lo que alcanzó el máximo límite que tuvo el Tahuantinsuyu. Murió

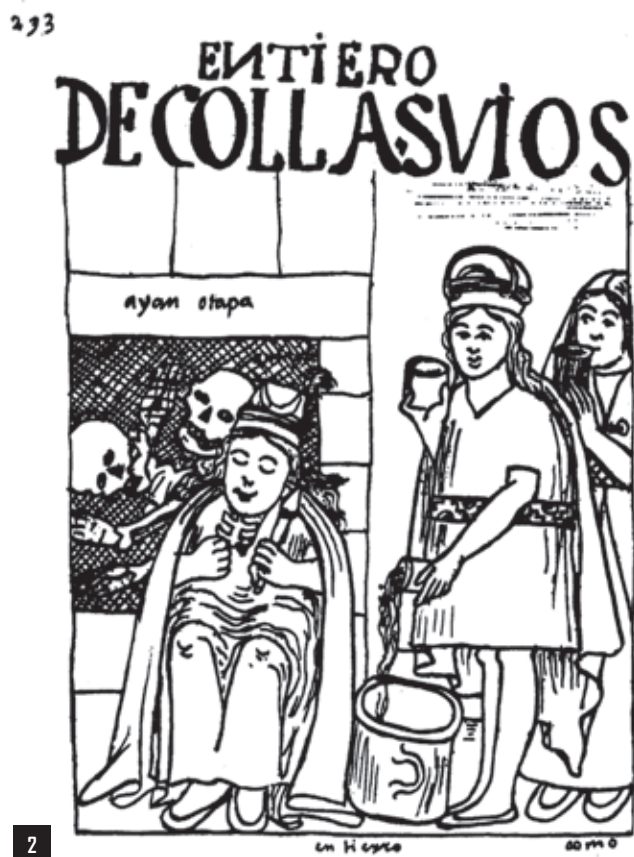
víctima de una epidemia de viruela, enfermedad europea desconocida en América que llegó antes que los conquistadores españoles. Huayna Cápac había pasado más de la mitad de los treinta años de su reinado en campañas de conquista en el actual Ecuador. Desde su muerte hasta la llegada de los españoles en 1532, se desencadenó una violenta lucha entre panacas reales por la sucesión del trono, que tuvo como protagonistas rivales a dos de sus hijos, Huáscar y Atahualpa.

La sucesión real no estaba regida por la primogenitura, sino que el Sapa legaba el cargo en el hijo más capaz de su esposa principal. Huáscar era el heredero legítimo, hijo del Inka y de la Kolla, en cambio Atahualpa era hijo del Inka y de Túpac Pacla una ñusta (princesa) puruhá del reino de Quito, y por lo tanto, carecía de legitimidad para gobernar el Tahuantinsuyu. A pesar de ello, Huayna Cápac le tenía gran estima (a diferencia de Huáscar), porque era un gran jefe militar que lo había acompañado en las campañas conquistadoras del Chinchaysuyo, por lo que Huayna Cápac lo designó gobernador imperial de Quito. La fuerza de Atahualpa radicaba en el núcleo veterano del ejército con quien se había criado, en tanto que Huáscar poseía títulos legales para ser el sucesor y probablemente haya sido designado heredero en su juventud, en cuanto llegó al Cuzco la noticia de la muerte de Huayna Cápac, la Kolla se movió políticamente con rapidez entre la nobleza cuzqueña y lo coronó Sapa Inka.

Atahualpa aseguraba que su padre había repartido el imperio garantizándole la soberanía de la región del Norte, cosa que Huáscar rechazó con vehemencia. Pero a la disputa con su hermano y la pérdida de control del norte del imperio, debió sumarle el conflicto derivado de la falta de tierras para la agricultura por

1. Mallqui del Inka en procesión. Felipe Guamán Poma de Ayala, facsímil de un dibujo en El Primer Nueva Crónica y Buen Gobierno, ca. 1565.

2. Culto a los antepasados. Felipe Guamán Poma de Ayala, facsímil de un dibujo en El Primer Nueva Crónica y Buen Gobierno, ca. 1565.



la concentración de recursos agrícolas por parte de las panacas de los inkas muertos, que controlaban toda la tierra y mano de obra del Cuzco y alrededores. La alta nobleza y los grupos étnicos descontentos creaban tensiones administrativas que reclamaban conquistar más tierras o bien hacer reformas drásticas.

Pero la disputa con Atahualpa dificultaba la empresa conquistadora por lo que Huáscar concluyó que la única solución, ante la situación crítica, era una transformación ideológica y devastadora que aboliera la herencia partida y el culto a los antepasados reales, enterrar a los reyes difuntos y terminar con sus derechos de propiedad. Esto enfureció a la alta nobleza que consideraba una herejía la postura de Huáscar y que si permitían su implementación, faltarían a su deber de proteger a sus antepasados y se verían despojados en este mundo y despreciados en el mundo de los muertos. Los reyes muertos y las panacas comenzaron a conspirar contra Huáscar y volcaron su favor hacia Atahualpa, más allá de su ilegitimidad de origen.

Huáscar se separó del Alto Cuzco y de las panacas de Inka Roca a Huayna Capac y la guerra civil fue inevitable, y en razón de la enorme diversidad de pueblos y señores andinos que contenía el imperio, se difundió y duró tres años. En 1532, las veteranas tropas de Atahualpa derrotaron a los novatos hombres de Huáscar, quién fue capturado y asesinado. El enfrentamiento dejó al Tahuantinsuyu desmembrado y desorganizado. Camino a su coronación en Cuzco, Atahualpa supo de la presencia de 168 extraños personajes que acababan de llegar a su imperio, quienes a la postre serían los beneficiarios de esta crisis política imperial, tomándolo prisionero y asesinándolo. Si bien la resistencia de los pueblos andinos no terminó aquí ni el dominio extranjero pudo ser absoluto en toda la región, el Tahuantinsuyu, el Imperio de las Cuatro Partes, había sucumbido menos de un siglo después del triunfo de Pachacútec sobre los chancas.



## LAS SOCIEDADES ALDEANAS DEL ÁREA CENTROAMÉRICA

Entre los 2000 y 300 años antes de nuestra era, en el territorio de Centroamérica, lejos de los grandes centros urbanos y las formas estatales antiguas de México y Yucatán, las personas que habitaron sus serranías y selvas se organizaron en dispersas comunidades aldeanas agrícolas semisedentarias, con relaciones entre sus integrantes organizados por parentesco en torno a una autoridad local. Entre los 300 años a. C. y 500 años d. C. (dependiendo de la región), el crecimiento poblacional y las relaciones de intercambio produjeron un proceso de cambio, en el que la organización aldeana dio lugar a sociedades integradas regionalmente en torno a señoríos y jefaturas.

El cultivo del maíz se consolidó como la producción económica principal, mientras que en otras, se dio un sistema mixto junto con el aprovechamiento de los recursos costeros, de la caza y de la recolección de frutos que ofrecía la selva. También en esta etapa se perfeccionó y consolidó la producción textil, la cerámica, el uso de artefactos de jade, oro y cobre.

## MÁS ALLÁ DE MESOAMÉRICA Y LOS ANDES